

A. LEFEBVRE

POETAS CHILENOS
CONTEMPORANEOS

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

354
A. U. 4



BIBLIOTECA ZIG-ZAG


SERIE CELESTE

N.º 46

Es propiedad. Derechos
reservados sobre la
presente selección. Ins-
cripción N.º 10672.
Copyright by Empresa
Editora Zig-Zag, S. A.
Santiago de Chile,
1945.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

SANTIAGO DE CHILE, 1945.



P O E T A S
C H I L E N O S
CONTEMPORANEOS

BREVE ANTOLOGÍA POR
ALFREDO LEFEBVRE



Z I G — Z A G

84846

PRESENTACION GRAFICA DE MAURICIO AMSTER

INDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>Julio Vicuña Cifuentes</i>	17
<i>Manuel Magallanes Moure</i>	22
<i>Carlos Pezoa Véliz</i>	29
<i>Jorge González Bastías</i>	41
<i>Carlos R. Mondaca</i>	48
<i>Max Jara</i>	55
<i>Gabriela Mistral</i>	63
<i>Pedro Prado</i>	77
<i>Daniel de la Vega</i>	86
<i>Angel Cruchaga Santa María</i>	95
<i>Vicente Huidobro</i>	102
<i>Pablo de Rokha</i>	112
<i>Juan Guzmán Cruchaga</i>	118
<i>Rosamel del Valle</i>	125
<i>Pablo Neruda</i>	136
<i>Juvencio Valle</i>	151
<i>Julio Barrenechea</i>	159
<i>Oscar Castro</i>	166
<i>Victoriano Vicario</i>	173
<i>Roque Esteban Scarpa</i>	179

PROLOGO

Chile, tierra de posibilidades, ha realizado en el orden de la poesía las más variadas experiencias, desde la liberación modernista hasta las sombras del superrealismo. En esta trayectoria contemporánea se revelan sus voces líricas más altas. La producción anterior carece de personalidad, es declamatoria y prosaica. Es preciso remontarse a algún cronista colonial, como Alonso Ovalle, poeta del paisaje, y Pineda y Bascuñán, o a estrofas de Pedro de Oña, para hallar sensibilidad probada y viva. Más allá está la épica de Ercilla.

Las opiniones extranjeras sobre Huidobro, los elogios colectivos a Neruda, el Premio Nóbel solicitado para Gabriela Mistral, nos dan noticia superflua de prestigio y reconocimiento. Pudiéramos decir que, habiendo llegado la lengua poética a cierta madurez, más es de temer el desmedro que el crecimiento. Y ésta es la situación de la poesía chilena. El hecho evidente es el actual desgaste de todos los recursos que fueron de vanguardia. Hasta nuestros mayores poetas no dejan de repetir la personal técnica, aplicada a motivos circunstanciales o a variantes de lo ya expresado. Los nuevos no experimentan, con gran intensidad, una reacción biológica por todo lo usado, para hallar mejor el propio cauce.

El porvenir no estriba en seguir determinadas tendencias o escuelas; la renovación que se necesita no es un problema de estética, o de modas literarias o de forzadas actitudes contrarias a las formas que hasta ahora se han venido realizando. No se solucionará con volver a la métrica, por ejemplo; ni siquiera

con tratar de ser conceptualmente "claro" o diluir anécdota para suavizar el exceso metafórico; tampoco consiste el secreto en querer ser ordenado en el canto para no caer en una proyección de Neruda; menos estaría en una intención por sentimentalizar la palabra poética y rehuir así el juego y el frío intelectual que se pueden derivar de un Huidobro. Aun más, no orienta la forma de expresión el carácter de una época; la creación sólo se configura por el significado de un tiempo y una cultura, y los manifiesta.

El problema sobre el destino de la poesía chilena es asunto de espíritu. Toda tentativa renovadora que mane del nivel de la literatura es externa y vacía si no se origina en una necesidad seria y viviente del espíritu, porque la determinación suprema y primera de una vocación artística está en la unidad misma del poeta en cuanto hombre, dependiendo, por lo tanto, de la actitud que ejercite frente a la vida y de la conciencia que padezca de la poesía. Todo esto nos conduce naturalmente a cierta realidad de disciplina y rigor. Un camino diverso al libertinaje estético y a la voluptuosidad de las palabras, alumbrado por soledad interior, conocimiento de sí mismo, cultura y pureza poéticas, se extiende junto al verso como condición inmanente a la misión del poeta en todos los tiempos, válida para la perfección de la obra en tanto principio de vida y no como mero proceso formal, que no tocarse las raíces de un destino humano.

Es conmovedor considerar cuán envejecidos están la llamada poesía nueva, sus ensayos y realizaciones. Cómo empezamos a desinteresarnos de ella, con la impresión de que muchas obras que tanto hemos amado no permanecerán para siempre. Varios aportes fundamentales ha traído, sin embargo, a la his-

toria lírica chilena, esa labor comenzada por el modernismo. Tienen el valor de un creciente encuentro con la poesía en las posibilidades de las palabras, pero ha sido tan particularmente intenso y tortuoso el deslumbramiento, que se desvinculó el esplendor de sus fuentes vitales, suspendido sólo por el impulso creador. El daño consiguiente ha sido para el hombre, seducido por poderes de videncia que no pueden darle más que una imagen de su propia limitación frente a las ansias de absoluto. La misión del artista se ha hecho impura al perder éste su inocencia y su humanidad.

Pedro Antonio González empieza con sus Ritmos la nueva etapa. En su tiempo, fines y comienzos de siglo, la lujuria de sonidos y metros en sus versos es a los oídos un nuevo cantar, preñado de adjetivos e insólitas rimas. Nada queda de sus temas truculentos, exóticos o, a veces, nacionales de mera anécdota; mucho más importancia cobra Carlos Pezoa Véliz, quien deja el sabor único de motivos chilenos, iniciados por Diego Dublé Urrutia. Inquieto por las formas en boga, Francisco Contreras divulga el simbolismo francés en sus estrofas. Uniendo el conocimiento de los nuevos medios retóricos a una mirada madura sobre el ambiente, Julio Vicuña Cifuentes elabora una cosecha de otoño con gestos risueños o sentimentales, dentro de un tono reposado. Es una armonía del pasado con el modernismo.

Fuera de los influjos de Darío, Lugones o Díaz Mirón, se levanta una generación, considerada como postmodernista por su manera ajena a los medios del movimiento literario; sumida en la interioridad del alma, ofrece, contra la rotundez y elocuencia del verso, una sensibilidad delicada y fina hasta en los temas de amor sensual, como en Max Jara. Expre-

sión simple y profunda por el difícil valor de la sinceridad. Manuel Magallanes Moure, de verso imponderable, da la belleza doliente de la vida en el amor a mujer. Pedro Prado diluye su personalidad en una prosa meridiana y ha permanecido en continua perfección, con esa originalidad que el tiempo hace sensible. Mondaca sufre, elegíaco, frente a su destino con una suavidad que se esfuma en deseos de olvido y ensueño. Juan Guzmán Cruchaga mantiene una canción de amor en todas sus palabras. Angel Cruchaga Santa María lleva el verso a mayores sugerencias, traspasado por agonías de amor divino y humano. La presencia de la tierra se ofrecerá a Jorge González Bastías con leve lamento, y con evocación histórica en los romances de Max Jara. Esta corriente de poesía límpida y tenue va a ser pronto avasallada por el vigor innovador de la postguerra.

Mientras tanto, en el año 1914 aparecen Los Sonetos de la Muerte, premiados en Juegos Florales. Se ha alzado el canto de Gabriela Mistral. Voz de tragedia: un alma consubstancializada con el amor y herida en espíritu y sangre de maternidad. Desde el dolor y abandono de Desolación, sombríos, desgarrados, llegará a luminosos universos, encontrando en la tierra iberoamericana un destino y una pasión. Cuando pensemos que "una oculta maternidad unifica todas las cosas", habremos dado en el sentido poético de Gabriela Mistral. Todo lo demás es secundario frente al espíritu que preside su personalidad y sus obras; hasta la dureza de sus versos bien puede ser como el áspero roce de la tierra.

Los primeros años de postguerra son de plena revolución literaria en todas partes; las búsquedas del modernismo se llevan más allá de sus alcances. Entregados los poetas a completa libertad creadora y a

una subjetividad absoluta, hacen el mundo poético a imagen y semejanza de esa disgregación de la persona humana, característica del final de una época. El lenguaje encuentra en la metáfora pura el recurso más directo para la reducción poética, no ya de la percepción del mundo, sino de elementales sensaciones. La variabilidad de temáticas y de escuelas se sucederá también en Chile, desde el juego intrascendente de aquel movimiento que se llamó runrunismo hasta los graves superrealistas. Vicente Huidobro, con su escuela denominada creacionismo, dará una clave que en el fondo no significa sino una de las necesidades inherentes a la creación poética: es la rosa que debe florecer en el poema. Pero manifestará, al afirmar que el poeta es un pequeño Dios y, particularmente, que "no se trata de hacer Belleza, se trata de hacer Hombre", la dirección de todos los desvíos que han hecho de la poesía una mística o una magia, violencia que, si no impide dar frutos de hermosura a veces, no estabiliza en la realidad los dones del poeta y contribuye a su perdición y decadencia.

En medio de tantas pruebas y enrarecidas palabras, una voz llena de esencias románticas, pero con toda la novedad de las modernas formas y metáforas, se irguió para conquistar muy pronto un destino poético, el más original en nuestro ambiente y en lengua castellana: Pablo Neruda. Ya están lejos dos cosas: los ataques y diatribas contra sus versos y los entusiasmos histéricos por ellos. Es universalmente aceptado. Entonces uno se pregunta si su "desordenada poesía", que encandila y maravilla fácilmente, sin consistencia formal, pero con tanta seducción de elementos, va a poder resistir el peso del tiempo; si las preocupaciones políticas del autor no dañarán su arte. En esta poesía vemos, cada vez más claramente,

el término y la acumulación de muchas posibilidades que inició el modernismo, hasta el empleo de realidades prosaicas, siempre distantes de lo poético y que aquí se prodigan con extraño encanto. Sin embargo, hay en Neruda, por esa nocturnal inmersión en la materia, por esa sensualidad torturante e implacable, por esa luz de lejanía inaccesible, la manifestación de un poeta herido en toda la ausencia de espíritu que pesa sobre el continente. El día que nos conozcamos en un destino de pueblos afines, esa poesía va a revelar, con su mundo de destrucciones, toda nuestra imperfección y, por contraste, "la claridad de la esperanza". Para la evolución de nuestra lírica, no debe mirarse a Neruda como maestro, porque su expresión es exclusiva y su contagio curiosamente pernicioso por caótico, informe y sin cielo. Neruda no puede señalar caminos, porque no sale aún de sí mismo como poeta.

Otro fenómeno poético de mucha envergadura lo constituye Rosamel del Valle; aquí no hay seducciones, sino la atracción de los abismos. Hasta la aparición reciente del libro Orfeo, esta poesía que admiramos por la ausencia de retórica externa, nos producía —junto con la de Humberto Díaz Casanueva— la sensación de un veneno para el alma. Ella traía un mundo opaco, cerrado al aire, construido con un muy íntimo artificio. De temática inmensa, el poeta cantaba la memoria, el ser y buscaba respuesta a los grandes interrogantes; pero nos parece siempre que su experiencia poética corre el riesgo de pretender darle un sentido de la vida que espera ver nacer en los versos. Al fin, Rosamel del Valle y Humberto Díaz Casanueva parecen averiguar un nuevo mito que les proporcione la consistencia que el mundo contemporáneo no ofrece ni ofrecerá. En Orfeo hay ya transiciones hacia una nueva etapa. Es el principio de la

ascensión de los infiernos. ¿Seguirá una total depuración y plena densidad de contenido? ¿Dejará para siempre la terrible violencia contra las palabras?

Estos poetas representan con esa actitud ante la poesía el otro extremo a que condujo el gran desvelo de un sector de la poesía nueva, y ha sido el afán de conquista de la verdad en la belleza y por la personal creación, tenebroso esfuerzo que desvirtúa los dones propios del artista y la virginidad de la poesía. En la brevedad de este prólogo no podemos discriminar las causas del engaño y la senda privativa del arte. Sólo se puede insinuar que la pureza de la poesía y la inocencia del poeta se reconquistarán con humildad total. El descubrimiento del modo de humildad es asunto personal de los nuevos poetas jóvenes. Algunos están aún barruntando con serena hermosura la propia alma: es el caso de Luis Oyarzún, sumamente ingenuo todavía. Otros se han quedado en nerudismos y juegos metafóricos. No faltan los con terribles deseos de ser grandes poetas, y así deambulan entre corrillos. Uno que apareció con grandes signos de seguridad y certeza es Roque Esteban Scarpa. Lleva ventajas de formación sólida y de espíritu independiente. Victoriano Vicario requiere una depuración profunda para salvar su estilo y dar lo hermoso que ocultan las palabras, eliminando así la general debilidad que tienen casi todos los poetas chilenos, o sea, la de repetir y repetir recursos, giros, elementos: ya sea un Huidobro, que hace unas especies de letanías; Neruda, con un lenguaje reducido; Pablo de Rokha, con las insistencias egolátricas y verbales; Barrenechea, con un Rumor del Mundo, en que aun aparecen algunas liviandades metafóricas; Juvencio Valle, con un Nimbo de Piedra de hermosuras, pero de adjetivos parejos, etc.

El destino de la poesía chilena crecerá en madurez y sabiduría en tanto conserven los poetas el alma libre y no se entreguen a todos los vientos del siglo. Soledad, soledad, gritan muchos jóvenes en sus poemas, pero no siempre es practicada, y así no vienen a un conocimiento de sí, reclamado como necesario por todos los grandes maestros de la poesía. La riqueza interior se penetra con olvido y renunciaciones. "A todos los éxtasis hay que preferir el sacrificio". Es el morir y resurgir de Goethe, el perderse para ganar en Cristo del Evangelio.

En esta selección de 20 poetas chilenos de la literatura contemporánea hemos incluido algunos de los más nuevos junto a los magistrales y a los postmodernistas, para hacer más representativa esta pequeña antología. Los límites de la colección y el sacrificio de preferencias y antipatías justifican todo reclamo de ausencias.

ALFREDO LEFEBVRE.

JULIO VICUÑA CIFUENTES

Aún es tiempo que venga

¡Aún es tiempo que venga la que he aguardado
[tanto!

Huyó la primavera, pasó el verano ardiente,
descoloró el otoño las hojas del acanto,
y el cierzo no me trajo noticias de la ausente.

Enfermo de la vida, con su piadoso manto
me ha de abrigar, si viene, como a un convaleciente,
disipará las sombras del torvo desencanto,
tendrá mimos de hermana para enjugar mi frente.

Con su dulzura ingenua, el soñado amor mío,
confortador del alma, quien mi endeblez sostenga
será, en las inquietudes del *Más allá* sombrío.

¡Para vida tan corta, la espera es ya muy luenga!
La que evoqué en mis horas de soledad y hastío,
¡aún es tiempo que venga, aún es tiempo que venga!

El asno

En la dehesa sátiro, en el corral asceta,
paciente como Job, como Falstaff deforme,
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta,
con su destino vive, si no feliz, conforme,
y prolonga su efigie de contrahecho atleta
en una innumerable generaci3n biforme.

Vivi3 noches amargas, tuvo d3as lozanos;
le cabalgaron n3menes, le afligieron villanos;
unas veces la j3quima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo ha los di3 al olvido,
pero siempre recuerda su pellejo curtido
la presi3n inefable del dulce Nazareno.

La Mimosita

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita,
¿en d3nde ahora est3n?

Sus alegres cantos, voces de la aurora,
los blandos arrullos con que a veces llora,
¿qu3 o3dos, ahora,
los escuchar3n?

Las vecinas cuentan que se fu3 muy lejos;
que vendr3 muy pronto; que no volver3...
La humilde casita de los muebles viejos
con una herradura clausurada est3.

¡Misterio! ¿Qu3 habr3?

Las vecinas cuentan que se fu3 muy lejos;
que re3a alegre; que llorando va.

Una vieja fea que se dice tía,
con ella, sin duda, cual antes, irá:
¡Pobre Mimosita! De tal compañía,
¡qué mano piadosa la defenderá!

Nadie la verá,
y esa vieja fea que se dice tía
a buenos lugares no la llevará.

¡Qué recuerdo! Un hombre de mirada aviesa
rondaba su casa, un mes hace ya.
Ella le temía; su boca de fresa
así me lo dijo cuando estuve allá.

¿Vendrá? ¿No vendrá?
Sin duda aquel hombre de mirada aviesa
la llevó robada y no volverá.

Era rico el hombre. Cadenas, sortijas
lucía con aire de fastuosidad,
y dicen que hay madres que venden las hijas,
y hombres que las compran en tan tierna edad.

¡Qué perversidad!
Era rico el hombre: cadenas, sortijas,
habrán sido el precio de su castidad.

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita,
no os quiero evocar.

Lejos de su dulce voz arrulladora,
¿quién sabe si ríe?, ¿quién sabe si llora?
Mejor es, ahora,
su historia olvidar.

Escena rural

Estación, primavera. Hora, la de la siesta.
El aire tibio mueve rosales y amapolas,
y excita los sentidos sembrando en la floresta
el polen de Afrodita cogido en las corolas.

La joven yegua aspira con la cerviz enhiesta
el encendido ambiente que aroman las violas,
y desciende el arroyo, y repecha la cuesta,
y fatiga sus miembros con extrañas cabriolas.

Un lucio potro que arde en lascivos deseos,
tras ella va, y con gárrulos relinchos y escarceos
a la aturdida hembra de su furor la advierte.

Mas ella lo rechaza, porque el amor procura
de un asno terco y cínico, engendro de Natura,
que le negó de bello lo que le dió de fuerte.

Caso de agosto

Al carpintero dijo la priora: —Maestro,
quiero que la techumbre del claustro de novicias
forme un ángulo agudo, donde el gato más diestro
no pueda, por agosto, practicar sus malicias.

Y en menos que una monja se reza un Padre-
[nuestro,
el obrero, abundante de medios y franquicias,
comenzó a enderezar aquel techo siniestro,
testigo, si no cómplice, de tantas impudicias.

Llegó agosto, y los gatos, viendo que era imposible trepar por la techumbre, ahora inaccesible, el otro claustro hicieron rincón de sus empresas.

Y al escuchar, de lejos, aquel concierto hurraño, decían las novicias: —Pues, los gatos, este año, sólo arrullan el sueño de las monjas profesas.

Julio Vicuña Cifuentes.— Nació en 1865. Su vida intelectual dió frutos de investigación, estudio y poesía. De formación clásica y ambiente romántico, supo unir a su cultura las posibilidades del modernismo. Generaciones de alumnos y estudiantes de Pedagogía recibieron sus enseñanzas de Castellano, en Santiago, donde murió en 1936. Había venido de La Serena.

De su obra: *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena*, *Estudios de Métrica Castellana*, *La Cosecha de Otoño*, poesías.

MANUEL MAGALLANES MOURE

Ella dice:

Sus ojos suplicantes me pidieron
una tierna mirada, y por piedad
mis ojos se posaron en los suyos...

Pero él me dijo: ¡más!

Sus ojos suplicantes me pidieron
una dulce sonrisa, y por piedad
mis labios sonrieron a sus ojos...

Pero él me dijo: ¡más!

Sus manos suplicantes me pidieron
que les diera las mías, y en mi afán
de contentarlo, le entregué mis manos...

Pero él me dijo: ¡más!

Sus labios suplicantes me pidieron
que les diera mi boca, y por gustar
sus besos, le entregué mi boca trémula..

Pero él me dijo: ¡más!

Su ser, en una súplica suprema,
me pidió toda, ¡toda!, y por saciar
mi devorante sed, fui toda suya...

Pero él me dijo: ¡más!

Día de lluvia

Sobre el oro enrojecido
de los follajes de otoño
tiende el nutrido aguacero
su amplio velo nebuloso.

Canta el agua en los tejados
con rumor claro y monótono
y de los aleros penden
los entretejidos chorros.

La vieja casa está muda
y sus corredores solos.
Apenas si tras un vidrio
se ve un pensativo rostro.

Un semblante pensativo,
que con mirar melancólico
va siguiendo el fascinante
caer de los claros chorros.

¿Recuerdas?

¿Recuerdas? Una linda mañana de verano.
La playa sola. Un vuelo de alas grandes y lerdas.
Sol y viento. Florida la mar azul. ¿Recuerdas?
Mi mano suavemente oprimía tu mano.

Después, a un tiempo mismo, nuestras lentas mi-
radas
posáronse en la sombra de un barco que surgía
sobre el cansado límite de la azul lejanía
recortando en el cielo sus velas desplegadas.

Cierro ahora los ojos, la realidad se aleja,
y la visión de aquella mañana luminosa
en el cristal oscuro de mi alma se refleja.

Veo la playa, el mar, el velero lejano,
y es tan viva, tan viva la ilusión prodigiosa,
que a tientas, como un ciego, vuelvo a buscar tu mano.

El vendimiador a su amada

En los frescos lagares duerme el zumo oloroso
de las uvas maduras. Turbador, amoroso,
es el vapor que sube de los frescos lagares.

¡Y tu aliento oloroso como los azahares!

* * *

Ayer, cuando en la viña cogías los maduros
racimos, yo observaba los finos, los seguros
perfiles de tus amplias caderas y los llenos
contornos de tus breves y poderosos senos.

El sol quemaba el aire, y caía, caía
sobre mí, y en mi alma no sé qué florecía.
Algo en mí germinaba; algo ardiente, algo rudo.

¡Y tus ojos brillantes y tu cuello desnudo!

* * *

Ayer, cuando en la viña, bañada en sol cogías
los racimos maduros, advertí que reías
con una risa nueva. Tus labios se esponjaban
húmedos, deliciosos... Y los míos temblaban.
En torno a ti agrupábanse todas tus compañeras...

¡Y la sencilla falda ciñendo tus caderas!

* * *

Cuando me quedé solo bajo el sol irritante descubrieron mis ojos aquel bosque distante de amarillentos álamos. Nunca, había advertido que existiera aquel bello bosque desconocido.

Caminando por entre las vides deshojadas, ahuyentando a mi paso las sonoras bandadas de los pájaros, fuíme hacia aquel bosquecillo. Como oro al sol brillaba su follaje amarillo.

Allí en aquel boscaje, todo, todo es amable. Allí las zarzas tejen un muro impenetrable y se esparcen las hojas por el suelo, formando como una alfombra de oro. ¡Si supieras qué blando tapiz es el que forman las hojas amarillas!

Allí hay rumor de insectos y cantos de avcillas, pero nada perturba la calma deseada...

¡Y tus labios henchidos cual fruta sazónada!

* * *

Me interné todo trémulo por aquel bosquecillo, y allí oculto, allí estuve hasta que cantó el grillo. ¿Por qué te esperé tanto? ¿Por qué creí que irías?

* * *

Al regreso las sendas todas eran sombrías...

Apaisement

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos él alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros, nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:
del color del agua del mar.
Desnuda, en ella se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.

Sobremesa alegre

La viejecita ríe como una muchachuela
contándonos la historia de sus días más bellos.
Dice la viejecita: "¡Oh, qué tiempos aquellos
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela".

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre la tez rugosa de color canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia,
y ríen las arrugas de su cara bendita,
y corren por su cuerpo deliciosos temblores...

Y mi novia me mira y yo miro a mi novia,
y reímos, reímos..., mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

Amor

Amor que vida pones en mi muerte
como una milagrosa primavera:
ido ya te creí, porque en la espera,
amor, desesperaba de tenerte.

Era el sueño tan largo y tan inerte,
que si con vigor tanto no sintiera
tu renacer, dudara, y te creyera,
amor, sólo un engaño de la suerte.

Mas te conozco, y tan sabido
mi corazón te tiene, que, dolido,
sonríe y quiere huirte y no halla el modo.

Amor que tornas, entra. Te aguardaba.
Temía tu regreso, y lo deseaba.
Toma, no pidas, porque tuyo es todo.

Manuel Magallanes Moure.— Nació en 1878. Una estatua de bronce en Santiago recuerda a este poeta serenense. Su verso animado de amor se hizo más transparente al expresarse a sí mismo el artista. Cultivó fina crítica de música, pintura y letras. Fué alcalde de San Bernardo. Murió, en Santiago, a los cuarenta y seis años.

Obras: *Facetas, Matices, La Jornada, La Batalla, Qué es Amor, La Casa Junto al Mar, Florilegio, Sus Mejores Poemas.*

CARLOS PEZOA VELIZ

En este día

Amada... Hoy es el día de difuntos.
Tiernas caricias secarán tu llanto...
Como aquel tiempo rezaremos juntos
por esa anciana que nos quiso tanto.

Amada mía, ¡tu amargura calma!
Te besaré la frente en este día
y mis palabras llegarán a tu alma
llenas de misteriosa poesía...

Iremos a su tumba con las flores
que ella misma ponía en tu ventana,
para que recordando tus amores
te adornaras el pelo en la mañana.

Allí, donde entre el grave simbolismo,
un león de huracánica melena
parece meditar sobre esto mismo
en una trágica actitud de pena.

Donde, entre el mármol que el dolor invoca,
vimos cuando su muerte, tristemente,
a un ángel con el índice en la boca
que imponía silencio gravemente.

Donde una estampa atada a una cornisa,
a la sañuda muerte representa
y hay una calavera amarillenta
presa de eterna y espantosa risa.

Iremos a encender la lamparilla
que hay delante de un viejo crucifijo:
el que antes de morir la pobrecilla
tomó cuando llorando nos bendijo...

Tú le dirás que su hijo también reza
para que desde el cielo nos resguarde.
...Y tus huracanadas de tristeza
se mezclarán al viento de la tarde.

Amada mía, ¡tu amargura calma!
Te besaré la frente en este día
y mis palabras llegarán a tu alma
llenas de misteriosa poesía...

Allá, entre el mármol que el dolor invoca,
verás surgir, ante tu fe doliente,
a un ángel con el índice en la boca
imponiendo silencio eternamente.

El pintor Pereza

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro: ¡tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles,
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Fáber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada,
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que ha tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorio sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer,
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza,
allá donde el padre sirve un puesto ad hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de último dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gríngo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...

Nada

Era un pobre diablo que siempre venía cerca de un gran pueblo donde yo vivía; joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido, siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido! Un día de invierno lo encontraron muerto, dentro de un arroyo próximo a mi huerto, varios cazadores que con sus lebreles cantando marchaban... Entre sus papeles no encontraron nada... Los jueces de turno hicieron preguntas al guardián nocturno: éste no sabía nada del extinto; ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto. Una chica dijo que sería un loco o algún vagabundo que comía poco, y un chusco que oía las conversaciones se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones! Una paletada le echó el panteonero; luego lió un cigarro, se caló el sombrero y emprendió la vuelta... Tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada...

Tarde en el hospital

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y, pues, solo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo,

Pero el agua ha lloriqueado,
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Pancho y Tomás

(fragmento)

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás,
serán hombrecitos luego:
Pancho será peón del riego
y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
o algún llano sin dintel;

o montados en el anca
frescachona y montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

Son ya mozos. Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba:
¡no hay bestia, por terca y nueva,
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como el patrón;
como él detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío,
y usa un corvo al cinturón.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
¡Qué alegrote y qué feraz!
¡Cómo se alborozaba el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patrón;
como él nervioso y activo,
gesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
no es pendenciero ni es tuno,
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:
tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
¡Todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas,
ama el rancho, la mujer..
A veces le asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz:
Pancho hondea a los gorriones;
Tomás canta... Sus canciones
huelen a trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intención;
su frase robusta nace
y en risotadas deshace
su endiablada perversión.

Tomás, bonachón, sumiso,
monta en precoz gravedad
si Pancho horada el carrizo
o si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho, abrupto, monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes
bondadosos y en que hay bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores y greyes
con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas
ni hombres que ultrajados son;
y en que hacen mil alharacas,
chicos, trigales y vacas
en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo
y siervo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo
sólo se encuentra al reclamo
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho,
y el viejo y todos en pos;
todos miran hacia el techo;
y las manos en el pecho
cuentan sus penas a Dios.

Teodorinda

Tiene quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas, el capataz;
el señorito la halla muy linda:
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!

Carne, frescura, diablura, risa,
tiene quince años no más..., ¡olé!,
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos hiciera el pie...

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesión,
su erguido porte, fascina, daña... ,
y más de un mozo de sangre hurafía
brinda por ella vaca y lechón.

¡Si espanta el brío la airosa facha
de la muchacha!... ¡Qué floración!
Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patrón!

Antes que el alba su luz encienda
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda
por los pingajos de la merienda
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cuidala, viejo, como a una flor!
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, joven, ardiente;
como ella brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es la tarde, sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas brusca repecha...
El amo cerca del trigo acecha
y le echa un beso por el testuz...

Carlos Pezoa Véliz.—La breve existencia de este poeta santiaguino le impidió una realización artística. La obra hecha dejó lo entrañable y doliente del alma chilena popular. Su vida inquieta y desordenada es concluída por la tuberculosis. Muere a los treinta años en la sala común de un hospital. Había nacido en 1879.

Obras: *Alma Chilena, Campanas de Oro, Poesía y Prosas Completas.*

JORGE GONZALEZ BASTIAS

Elegía sencilla

Tenía blanco el cabello,
tenía la barba blanca,
y una dulzura de amor
y de ensueño en la mirada.

Tenía pálido el rostro,
tenía las manos pálidas;
se fué una tarde y ya nunca
más se oyeron sus palabras.

No se oyeron más sus pasos
en los patios de la casa,
ni lo han visto más sus perros
que sollozando lo aguardan.

Abandonado quedó
el bastón que acostumbraba,
nostálgico de esas pródigas
manos que ya no se alargan.

Pero aún en esas tardes
en que se recoge el alma,
en todo hay como una sombra
trémula que se agiganta.

Cuando se iba ya, dejó
en el campo una mirada
tan honda y triste, que aún
está congelada en lágrimas...

¡Tenía blanco el cabello;
tenía la barba blanca...,
tenía pálido el rostro,
tenía las manos pálidas!

El poema de las tierras pobres

(fragmentos)

Alma mía, en la terca soledad del ambiente
resonó una campana llamando a la esperanza,
vagaroso latido de corazón ferviente,
promisor de celeste venturanza.

Alma mía, sentiste
cómo se dilataba el son de la campana,
y por ser todo amor lo bendijiste
en la calma serrana.

Allá la aldea, el templo y la gente que llega
a recoger consuelo para las pobres vidas:
—Hay que tener paciencia, paciencia en esta brega
de dolores cruentos y mortales heridas...

Y una mano que se alza dulce, piadosamente,
bendiciendo, guiando.
Y el estremecimiento del que inclina la frente
porque ha sentido a Dios y está adorando.

¡Alma mía, alma mía!
Una esperanza se renueva:
el alma de la serranía
canta en los pechos de la gleba.

* * *

Ah, tierra mía, tierra triste,
ensombrecida por la muerte,
como eras pobre no pudiste
ni castigar ni defenderte.

Perdido el valor de la vida...,
el amor sólo en la añoranza;
ninguna lámpara encendida,
ninguna trémula esperanza.

Como eras pobre no supiste
del látigo fustigador;
tu queja siempre fué una triste
sombra perdida en el horror.

¡Ah, tierra mía, tierra hermosa!
Rara virtud en ti se fragua:
en tu sierra más escabrosa
brilla, hecha lágrimas, el agua.

En tu sierra más escabrosa
el árbol crece, protector,
y hace lugar para una choza
en que pudiera haber amor.

Hace lugar a la alegría
que ofrece el agua, el trigo, el pan,
el afán: esfuerzo del día,
el sueño: olvido del afán.

Ah, tierra mía, tierra amada,
de largos senderos esquivos,
de vasta selva enmarañada
y de naranjos y de olivos;

tierra de arroyos y de flores
de claro sol y verdes viñas:
están desiertas tus labores
y sin corderos tus campiñas.

Tierra que fué de encantamiento
en la leyenda popular,
tu queja errante va en el viento
por la montaña y por el mar.

* * *

¿Quién ha visto las sierras en la noche
plenas de resonancias?
Amor, dolor, ensueño y luz de luna,
voz del espacio y voz humana...

¿Quién ha visto en las sendas adormidas
las figuras extrañas
que en los jirones de la niebla suben
a las cimas más altas?

¿Quién ha escuchado la oración humilde
que va por la hondonada,
uniéndose a la queja de las hojas
y al susurrar del agua?

¿Quién sabe de la angustia que en el viento
saturado de lágrimas
va a las estrellas para hacerse canto
redivivo en el alba?

¿Quién ha sentido el misterioso influjo
de su sombra en el alma
cuando se van alzando las estrellas
libres y puras, y los montes bajan?

Interrogación

Arbol maravilloso que a la altura
levantas tu inquietud y tu fragancia
y que, inmóvil, aguardas llegue el viento
con el amor y el canto de las sierras;
¡tú sabes del misterio! Más que el hombre
sabes del sol y del agua fecunda;
ahondas en la tierra tus raíces
y te alimentas sin afán ajeno.

Cuando sube bullendo la vertiente
entre las oquedades de la roca,
¡tú la recibes!, y es más amplio el vuelo
de tu follaje al recibir frescura;
tú realizas en un solo brote
el milagro de unir la luz, el ritmo
y el perfume.

Tú cantas con el alba
y por la noche inquietas. Tú conoces
este misterio de la vida múltiple
que no es sólo del árbol y del hombre,
de la llama y del viento...

¡Oh, prisionero
a un tiempo altivo, casto y amoroso!

Espero la noche...

Espero la noche
que viene benigna:
me sumiré en su sombra y luego
iré, con el alma dormida,

por ese mundo del reposo
en que ni las estrellas brillan...
Lo tendré todo entonces, todo
lo que no hiera ni mancilla.
Estarán veladas las voces,
estarán ciegas las pupilas,
y pasará sobre mi frente
impalpable, la sombra amiga...

Buitres

Enfermas brillan las alturas
en desamparo y soledad.
Pensamientos duros y fuertes
en sus rugosas frentes hay.
Sobre ellas grandes aves negras,
—augurios de fatalidad—
abaten el vuelo cansado
y agigantan la soledad.

Es otro día...

Es otro día, pero
río y montes los mismos,
y los mismos senderos
con sus cargas humanas.
¡Cuántas veces, amigo,
florecieron los nardos,
y cuántas, ese rojo
amancay solitario!
Han pasado las lunas
tristes, dulces, serenas,

anunciándote en un
lento vuelo de garzas.
De tu espíritu fluye
una llama invisible
que enciende tu recuerdo
y te hace estar presente
en el alba, en la noche,
en el canto, en las lágrimas.
Esta noche en el cielo
tendremos más estrellas,
y el viento vagabundo
irá por la montaña
dando la buena nueva
a los pájaros trémulos.

Jorge González Bastías.— Lejos de todo ambiente literario, en tierras del Maule, vive este cantor, sencillo, de las regiones pobres de la cordillera de la costa. Su verso sereno es parte del paisaje chileno. Nació en 1879.

Obras: *Misas de Primavera, El Poema de las Tierras Pobres, Vera Rústica, Del Venero Nativo.*

CARLOS R. MONDACA

Cansancio

Quién pudiera dormirse como se duerme un niño;
sonreír entre sueños al sueño del dolor,
y soñar con amigos y soñar el cariño,
y hundirse, poco a poco, en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonambulescamente,
los ojos muy abiertos sobre un mundo interior,
con los labios sellados, mudos eternamente,
atento sólo al ritmo del propio corazón...

Y pasar por la vida sin dejar una huella...
Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol...
Y perderse una noche como muere una estrella
que ardió millares de años y que nadie la vió.

Olvido

Visión que se perdió en la lejanía,
te velan ya las sombras del olvido:
mi corazón ha visto cómo has ido,
lentamente, muriendo con el día.

Yo te quisiera ver. ¡Quisiera verte!
Pero tu rostro se ha desvanecido:
y hasta mi pensamiento ha descendido
una noche más larga que la muerte.

Yo tenía la vida para amarte...
¡Y en cuál aurora volveré a encontrarte!

Esperanza

Una buena ilusión ha sonreído
como un recuerdo

(mira

la luna en el cerezo florecido)
sobre mi viejo corazón dormido.

Sobre el viejo cerezo se derrama
candor de nieve, casto y perfumado
(tiembla mi corazón como una llama),
y el cerezo de estrellas se ha cuajado.

¡Viejo cerezo mío,
Primavera
te ha venido a besar, ¡y has florecido!
Y tú, mi corazón,
¿florececerás?

Cuando el Señor me llame...

Cuando se fué del mundo mi Madre, amigos fieles
me consolaron en los minutos más crueles.
Mi Padre y yo velamos junto a su cabecera.
Y nuestro corazón era como la cera
del Cristo agonizante que recibió su adiós.
Y para que el recuerdo fuera inmortal, nevó...

Puede ser que yo viva, como ella, setenta años.
Mi Hijo habrá saboreado ya muchos desengaños.
Tal vez ya seré abuelo. Mi Mujer será vieja.
Su belleza pretérita, junto a su gracia añeja,
nos hará sonreír. Cuando nos traiga flores
la Nuera, leeremos esos versos de amores
que le escribí, sus cartas, que eran mi poesía,
e invadidos de una dulce melancolía,
nos miraremos mudos un largo rato, y luego
nos daremos las trémulas manos, como dos ciegos.

Una mañana clara de abril —habrá llovido—
no me levantaré. Se acercarán sin ruido
las gentes de mi casa para observar si duermo,
y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo.
El temblor de sus lágrimas será la estrella que
me diga que es preciso partir y no volver;
y como para entonces estaré tan cansado,
no haré siquiera un gesto de espera. Resignado,
no pediré otra cosa que entreabran la ventana
para mirar el cielo; y hasta mi frente cana
descenderá piadosa y azul la caridad
de la mañana, a darme la postrer claridad.

Estaré con los ojos cerrados, como inerte,
saboreando la última tregua de la muerte.
De vez en vez, sus manos, santas y dolorosas,
mi Mujer pondrá en mí con suavidad de rosas.
Mi Hijo me mirará callada y largamente,
—los labios de su madre se han posado en mi frente—
y como teme que me turben sus sollozos,
se abrazará a mi Nuera. Con sus ojos curiosos
—que lloran y no saben— pregunta el Nieto.

Cae

la tarde lentamente. Rumor de otoño trae la brisa, quejas de árboles, y la melancolía de lejanas campanas vesperales. El día se irá junto conmigo.

Ya estaré confesado:
y me habré despedido de todos mis pecados con lágrimas, porque le dieron tal sabor a la vida y al bien, tal virtud al amor, que sin ellos no hubiera sabido qué es vivir. Me doleré de todos los dolores que di, de los sueños que nunca conseguí realizar y de los egoísmos de mi carne mortal...

Entre el clamor de las lágrimas silenciosas, poco a poco iré viendo alejarse las cosas. Entonces en el último resplandor de la vida, daré a los que me amaron y amé la despedida. Y diré a mi Mujer:

- ¡Gracias, mi santa Compañera,
- por el amor que puse en ti,
por las heridas que te hiciera
y la alegría que te di!

¡Y gracias porque fuiste bella!
Cierro los ojos y te miro:
¡me deslumbras como una estrella
y me enterneces como un lirio!

Tendré mi carne perfumada
de amor, Amor, hasta en la nada;
estoy gozando en tu mirada
como una gloria anticipada.

Sola entre todas las mujeres,
fuiste la única en saber
la tristeza de mis placeres
y el goce de mi padecer.

La que llevé por el camino,
en el cáliz de mi pasión,
como la hostia del destino,
encerrada en mi corazón.

¡Gracias, mi santa Compañera,
porque tuviste, espiritual,
las locuras de la quimera,
y una conciencia en la bondad!

¡Y sobre todo, gracias, madre,
por la infinita majestad
de un hombre que, al decirme padre,
me haga vivir la eternidad!

Y luego diré al Hijo: "Sé magnánimo y fuerte;
vencedor de la vida y esposo de la muerte.

Y haz todas esas cosas buenas, grandes y hermosas
con que yo soñé tanto, ¡sin lograrlas hacer!"

Después, y ya en la última conciencia de la vida,
me encerraré en el fondo de mi alma adormecida.
Cerraré mis oídos para todo rumor
del mundo, y en mis ojos, que sellará el amor,
alboleará la aurora del Señor.

Y me iré
perdiendo en un ensueño crepuscular del que
nadie de entre los vivos me podrá despertar.

Me llamará la tierra con ansias maternas;
y como yo he querido, sobre todos mis males,
ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno,
me dormiré por fin, como un niño, en su seno.

Elegía civil

¡Lloremos, hijo mío, y no nos consolemos jamás!
Toda la noche, toda el alba y el día
se cubran de este velo de lágrimas.
¡Se obscureció la vida!

Lloremos en silencio: que la madre no sepa...
¡Cómo en su corazón se abrirán siete heridas
cuando mire los campos sedientos, el rebaño
devorado de lobos, y el noble hogar en ruinas!

Hijo mío, cien años laboró surco a surco.
Sangre del corazón fecundó la semilla.
Viento de tempestad abatió en un momento
la humildad del sembrador y el honor de la encina.

¡Qué la madre no sepa! Salgamos en silencio
por los cuatro horizontes, y tú me guiarás;
y cuando hayan venido tus cien hermanos buenos,
sólo entonces habremos dejado de llorar.

Tú que eres niño, busca, en tus ojos sin mancha,
en esta noche inmensa una estrella de paz,
dime si entre los resplandores rojizos de los montes
la blancura del alba no comienza a flotar.

Dime si tus oídos, que no saben de engaños,
oyen de tus hermanos el suave caminar,
si tus manos intactas encontraron sus manos,
y si todos llegaron al materno solar.

Pacían los ganados sobre sus cordilleras,
y en manso caminar hasta la mar venían,
pero malos pastores corrompieron las fuentes
y enturbiaron la vida.

¡Cien años, hijo mío, levantó su palacio
hacia el cielo infinito, junto a la mar bravía!
¡Pero qué aguas de muerte bañaron los cimientos,
qué vientos humillaron sus almenas erguidas!

Lloremos, hijo mío, y no nos consolemos
jamás.

Carlos R. Mondaca.— Hombre culto, refinado, de serias preocupaciones, ejerció funciones y cátedras universitarias como profesor de Castellano. Había nacido en Vicuña, en 1881. La sinceridad de su vida y de su poesía conducen a una calidad lírica honda, agitada, por un destino que inquiere. Ha muerto en 1928.

Obras: *Por los Caminos, Recogimiento, Poesías.*

MAX JARA

Ojitos de pena

Ojitos de pena,
carita de luna,
lloraba la niña
sin causa ninguna.

La madre cantaba,
meciendo la cuna:
"No llores sin pena,
carita de luna".

Ojitos de pena,
carita de luna,
la niña lloraba
amor sin fortuna.

"¡Qué llanto de niña
sin causa ninguna!",
pensaba la madre,
como ante la cuna,
"¡Qué sabe de pena,
carita de luna!"

Ojitos de pena,
carita de luna,
ya es madre la niña
que amó sin fortuna;

y al hijo consuela
meciendo la cuna:
"No llore, mi niño,
sin causa ninguna;
no ve que me apena,
carita de luna".

Ojitos de pena,
carita de luna,
abuela es la niña
que lloró en la cuna.
Muriéndose, llora
su muerte importuna.
"¿Por qué llora, abuela,
sin causa ninguna?"

Llorando las propias,
¿quién vió las ajenas?
Mas todas son penas,
carita de luna.

Desde aquella primera mujer...

Desde aquella primera mujer que poseíste,
juventud, te tornaste pensativa y doliente,
y aunque tal vez hoy día ha tiempo que no existe,
vas sintiendo su beso desmayado en la frente.

Los blancos llamamientos de sus brazos tendidos,
la ávida voluntad de su seno vibrante,
moldearon a su imagen tus frágiles sentidos:
a su triste destino mi suerte es semejante.

Si voz de esa mujer por mi noche cruzara,
se aplacaría este ansia de morir en desierto.
¡Olvido de vivir, vibrante en la voz clara
de la sola mujer para la cual no he muerto!

¡Hacia qué lejanías vuela mi pensamiento
por el solo recuerdo de aquella mujer única!
¿No os sugiere la tierra, no advertís en el viento
la huella de su pie, el olor de su túnica?

Puesta de sol

Es la puesta de sol hora maravillosa.
La luz agonizante envejece las cosas,
de cada forma mana gravedad deleitosa;
y todo está en nosotros; pero todo reposa.

Yo vi rodar, de lo alto de la cumbre desnuda,
la ola de la noche sobre la tierra ruda.
Sentí la idea frágil y la palabra muda.
De aquel dulce estupor no habrá quién me sacuda.

Otra vez, ante el vago rumor del vasto río,
el sol entre las aguas era un deseo mío.
Tras el oro y azul miraba en el vacío.
El aire fué silencio; el agua escalofrió.

Pero aún más hermosa contemplé la agonía
de la luz sonrosada en verde lejanía:
una estrella temblaba; una vaca mugía;
una voz alababa a la Virgen María.

Yerbas-Buenas

I

Yerbas-Buenas de Linares:
casas grises entre vegas;
esteros van por rastrojos,
alamedas, alamedas...
Nieves tempranas de abril
bajan por la cordillera.
Campanas llaman palomas
en el vuelo de la queda.
Entre un vaho de neblina,
bajo las primeras estrellas,
una tonada se va;
acompañanle la queda,
olor de tierra mojada
y chirridos de carreta.
En la falda de la loma
una lucecilla tiembla.
Sin luna viene la noche;
y se adivinan apenas
en la oscuridad del llano
aguas vivas, alamedas...

II

Así te veo al llegar
esa noche Yerbas-Buenas,
en que a la patria naciente
bautizaran en tu iglesia
con sangre de hombres del rey
brazos de gente chilena;

por madrina, tu capilla;
por padrinos, los Carrera.
Todo el Sur estaba en armas
por el rey y con Pareja.
Los hombres todos huyeron,
sólo las mujeres quedan,
lloran tal vez, pero a solas;
nadie en voz alta se queja,
porque no hay humillación
en llorar, sin que lo sepan,
cuando la carne que muere
es la propia carne nuestra.
Desde Concepción al Maule
galopando va la guerra;
la sigue el odio, al acecho,
riéndose de su miseria.
Por allí por donde pasa
sangre brota de la tierra;
el odio la va bebiendo
para ser más fuerte que ella.
Llegó la hora del triunfo
y se llamó Yervas-Buenas.
España armada descansa
al amparo de su iglesia;
todo el ejército en sueños,
la noche por centinela.
Rasgó la hora negra un grito:
“¡Muera el Rey! ¡La Patria llega!”
Al amparo del espanto
la muerte viene con ella;
el odio su brazo crispera
y va trabajando ciega.
¡Ay de los hombres del rey!

En la vasta noche tiembla
largo aullar de agonía;
España herida se queja.
Extraviado y vacilante,
al azar, en la tiniebla,
sin alarde de heroísmo
huye el Brigadier Pareja.
No dice dolor de hierro,
mas lleva una herida abierta.
No de mano de hombre sufre;
pero de la suerte fiera.
Herido va de despecho;
llagado ya de vergüenza;
que la derrota le torna
incurable la conciencia.
¡Héroe de Trafalgar,
la muerte te fué ligera!
Te traicionara la Gloria
cuando confiado la sueñas;
había de serte infiel:
eras viejo, joven ella.
Honra encontraste en la muerte
por el dolor de tu ausencia.
Honra de la vieja España
fué también honra de América.
Si hombres libres hoy te exaltan,
es porque orgullosos llevan
memoria de aquel dolor
en la sangre de sus venas.

III

Yerbas-Buenas de Linares:
casas grises, pardas vegas;
esteros bordan trigales;

alamedas, alamedas,
y palomas y campanas
en el vuelo de la queda...
Yerbas-Buenas de Linares,
quien te gozó, la doncella,
la más hermosa te sabe
del mar a la cordillera.
¡Cómo dicen con tu nombre
glorias de la Pátria Vieja,
que cuanto más viejas, más
orgullosamente suenan,
sin halago de alabanzas,
porque solas ya son bellas!
Visión de agua, tierra y luz,
dame paz en la conciencia.
Amparo de los humildes
por tus trigales y vegas;
alivio de caminantes
por tus ranchos y arboledas;
deleite de los felices
por tus virtudes discretas;
deseo de los ausentes
que suspiran por belleza;
por el campo, por el cielo,
por los hombres y las hembras;
por tu suelo trabajado,
por tus pastos y tus piedras;
por la virtud musical
de tus claras aguas frescas,
cuyos sonos milagrosos
hoy repite mi inconsciencia;
por el ansia de vivir,
por el dolor de belleza

con que desde que nací
ésta mi vida se queja;
para bien de nuestros hijos,
Dios te guarde, Yervas-Buenas.

Max Jara.— Nació en 1886. Silencioso, este poeta se ha ido dando en la poesía con toda personalidad. Cultivó el romance cuando no estaba de moda, con tonos limpios y sobria anécdota chilena.

Obras: *Juventud, Poesía, Asonantes, Poemas Selectos.*

GABRIELA MISTRAL

Los sonetos de la muerte

I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...,
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía;
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza, signo de astro había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida, desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevando de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: "Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor".

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

Amo amor

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como el mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lenguas de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas.
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que escuchar!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso para en morir!

Balada

El pasó con otra;
Yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento

y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

El besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.
(Dios quiere callar.)
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

Dios lo quiere

I

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevan un escalofrío
de tribulación las aguas.

El mundo fué más hermoso
desde que me hiciste aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
¡y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!

Pero te va a brotar víboras
la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho
¡y la puerta de mi casa
quiebra la mano del mendigo
y avienta a la atribulada!

II

Besos que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas,
y oteándolas como un ciervo,
te sigo por las montañas...

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa.
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas,
que, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.

III

Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

IV

Si te vas, hasta en los musgos
del camino rompes mi alma;
te muerden la sed y el hambre
en todo monte o llanada
y en cualquier país las tardes
con sangre serán mis llagas.
Y destilo de tu lengua
aunque a otra mujer llamaras,
y me clavo como un deajo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes, o ansíes,
¡por mí solamente clamas!

V

Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
¡hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!

Nocturno

¡Padre nuestro, que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aun no quieres mi pecho oprimir!

Caminando vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos mis párpados,
por no ver más enero ni abril.

Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¡Has herido la nube de otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di.
Y en mi noche del Huerto me han sido
Juan cobarde y el Angel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin;
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir;
¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas, pidiendo dormir.
Y perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de Ti:
¡Padre nuestro, que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!

Ausencia

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!

• Se va mi voz que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban,
en lanzaderas, delante tus ojos.
Y se te van la mirada que entrega,
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos;
como humedad de tu cuerpo evaporo.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.
Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos y en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuése y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de mares solos.

¡Se nos va todo, se nos va todo!

Hallazgo

Me encontré este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
sobre unas gavillas...

O tal vez ha sido
cruzando la viña:
al buscar un pámpano
toqué su mejilla...

Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapore como
rocío en las viñas...

Cosas

A Max Daireaux.

I

Amo las cosas que nunca tuve
con las otras que ya no tengo:

Yo toco un agua silenciosa,
parada en pastos friolentos,
que sin un viento tiritaba
en el huerto que era mi huerto.

La miro como la miraba;
me da un extraño pensamiento,
y juego, lenta, con esa agua
como con pez o con misterio.

II

Pienso en umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.

III

Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron.
Fué una mujer haciendo el pan
y yo su santa boca veo.

IV

Viene un aroma roto en ráfagas;
soy muy dichosa si lo siento;
de tan delgado no es aroma,
siento el olor de los almendros.

Me vuelven niños los sentidos;
le busco un nombre y no lo acierto,
y huelo el aire y los lugares
buscando almendros que no encuentro

V

Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento.
Es canturía de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños, nos tenemos.

VI

Cuando sueño la cordillera,
camino por desfiladeros,
y voy oyéndoles, sin tregua,
un silbo casi juramento.

VII

Veo al remate del Pacífico,
amoratado mi archipiélago,
y de una isla me ha quedado
un olor acre de alción muerto...

VIII

Un dorso, un dorso grave y dulce,
remata el sueño que yo sueño.
Es el final de mi camino
y me descanso cuando llego.

Es tronco muerto o es mi padre,
el vago dorso ceniciento.
Yo no pregunto, no lo turbo.
Me tiendo junto, callo y duermo.

IX

Amo una piedra de Oaxaca
o Guatemala, a que me acerco,
roja y fija como mi cara
y cuya grieta da un aliento.

Al dormirme queda desnuda;
no sé por qué yo la volteo.
Y tal vez nunca la he tenido
y es mi sepulcro lo que veo...

Salto del Laja

Salto del Laja, viejo tumulto,
hervor de las flechas indias,
despeño de belfos vivos,
majador de tus orillas.

Avientas las rocas, rompes
tu tesoro, te avientas tú misma,
y por vivir y por morir,
agua india, te precipitas.

Cae, y de caer no acaba
la cegada maravilla,
cae el viejo fervor terrestre,
la tremenda Araucanía.

Juegas cuerpo y juegas alma;
caes entera, agua suicida;
caen contigo los tiempos,
caen gozos con agonías,
cae la mártir indiada,
y cae también mi vida.

Las bestias cubres de espumas;
ciega las liebres tu neblina,
y hieren cohetes blancos
mis brazos y mis rodillas.

Te oyen caer los que talan,
los que hacen pan o que caminan,
los que duermen no están muertos,
o dan su alma o cavan minas,
o en los pastos y las lagunas
cazan el coipo y la chinchilla.

Cae el ancho amor vencido,
medio dolor, medio dicha,
en un ímpetu de madre
que a sus hijos encontraría.

Y te entiendo y no te entiendo,
Salto del Laja, vocería,
vaina de antiguos sollozos
y aleluya que cae rendida.

Salto del Laja, pecho blanco
y desgarrado, Agua Antígona,
mundo cayendo sin derrota,
madre cayendo sin mancilla...

Me voy con el río Laja,
me voy con las locas víboras,
me voy por el cuerpo de Chile;
doy vida y voluntad mías;
juego sangre, juego sentidos
y me entrego, ganada y perdida...

Gabriela Mistral.— Vino del Norte esta mujer, nacida en Vicuña en 1889. Ha llegado a ser un símbolo iberoamericano, por las riquezas de su alma, puestas en el verso y en las obras humanas. “Ella encarna la maternidad de la tierra”. Enseñó y representó a Chile en el extranjero. Actualmente reside en Petrópolis, como cónsul de su patria. Su poesía posee valores definitivos y únicos.

Obras: *Desolación, Tala, Antología.*

PEDRO PRADO

Preludio

El gran silencio la quietud exprime
como á un fruto de ácida dulzura;
se escucha entre la sombra que perdura
un vago arrullo que acaricia y gime.

Como un azul despliegue que palpita,
en leve indicio pasa y va ondulante,
emergiendo en mi sueño, semejante
al mar dormido cuando el pez lo agita.

Imagen rota de mi amor disperso
que la distancia del recuerdo humilla;
como un espejo, todo el universo,
deshecho en resplandor, me ciega y brilla.

Tal si vertiese un canto la azucena,
leve de espuma y vuelo, así, indeciso,
y quedase escuchándolo, rehizo
mi ardiente olvido la perdida pena.

¿De qué materia y luz rehace el vuelo;
de qué ignoto perfume desatado;
de qué designio y concepción de cielo;
de qué rumbo y amor nunca esperado?

Grávida de nobleza, de una suave
celeste luz que toda la ilumina,
invisible las alas, se encamina
plegado el canto que denota el ave.

Sin la vana palabra que trasciende
límites a la forma y su sentido,
la música de un pétalo caído
la expresa en el silencio que la entiende.

Bordadora del sueño, amiga mía,
en aire claro y en sutiles vientos,
¿Tañedora de cuáles instrumentos,
la luz realzas al herir el día?

Te veo cual ninguna a ti te viera,
alma de rosa azul resplandeciente,
bogando a la deriva en la corriente
del eco de la luna prisionera.

Como a ola de la última marea,
oigo al silencio deshacer su espuma;
la sombra de su música me abruma,
y me rinde hasta el peso de una idea.

Déjame en esta altura en que culminas,
mientras tu mano en el laúd descansa;
¡oh fuente original de la esperanza,
sin alas quedo cuando tú terminas!

Mi vida es como un vuelo detenido
que prosigue en un ansia insatisfecha;
al caer disparado de una flecha,
que se queda en los aires suspendido.

Fuego del alma, y de la vida cumbre,
entro en la luz que desvanece el viento,
cual si entrara en mi propio pensamiento...
¡delicia pura y pura pesadumbre!

La rosa del amor

Amor es brote en áspera corteza;
y en la mudez del agua transparente
es el canto que nace en la corriente,
que luego de extasiada se apereza.

Es la rosa que mira y se adereza
y penetra en el espejo de la fuente;
y no hay en todo el cielo del Oriente
una estrella que luzca su belleza.

Es astro en tierra, y es mudez en canto;
en ingrátido cuerpo, peso y vuelo;
es dolor de gozar, y goce en llanto;

es huir lo real por el anhelo;
y en tal locura y en trastorno tanto,
se confunden la tierra con el cielo.

La rosa desvelada

Si tú supieras lo que buscas tanto,
si no ignorase lo que tanto anhelo,
ni tú tendrías desespero y llanto,
ni yo dudara del azul del cielo.

Los dos sentimientos que nos cubre un velo:
pero ahora ese velo yo levanto,
y ambos sabemos que termina en duelo,
entre un misterio prodigioso y santo.

Algo agoniza, y al morir transido,
surge de la invisible sepultura
la rosa del amor que, hacia el olvido,

en el eterno olvido siempre dura;
más allá del amor hemos vivido,
allí donde el amor se transfigura.

* * *

En mi casa de límpidos cristales
voy abriendo hasta el último postigo;
y por mejor estar, no estoy conmigo,
sumido en lejanías ideales.

Más allá de mis bienes y mis males,
absorto en horizontes, sin testigo,
hay algo entre las nubes que persigo
como en islas remotas e irreales.

Es un viaje de viajes, silencioso,
que ahonda la quietud en que reposo,
y siento, como un río que se expande

henchido frente al mar que se adivina,
que un misterio profundo se avecina,
azul y bello, doloroso y grande.

De Los Cánticos de la Imago

Los largos años de mi vida oscura
buscaron siempre a la mujer divina;
mi vida ya a su término camina,
y aun el deseo, sin hallar, perdura.

Ella ha sido mi miel y mi amargura;
la sombra misteriosa que ilumina
el linde de la muerte que, vecina,
a mi alma en su alma transfigura.

En ti que fueras, si una vez lo fuiste;
en ti que llegas, si una vez lo eres;
no sé yo en dónde, pero sé que existe.

La esperada entre todas las mujeres.
En todo vario amor, sólo él persiste,
y en su espera inmortal vives y mueres.

* * *

Todo te di, que al darte tu sentido
te di principio y fin, causa y objeto;
te di belleza, sugestión, secreto;
vivir sabías sin haber nacido.

Naciste en mí tal como en rama y nido
el vuelo nace; tal como sujeto
oculto se insinúa y crece inquieto
preparando el huir desprevenido.

Única, dulce, diferente, plena,
desde el ser al no ser, toda la gama,
presencia fina, y firme, y bella, y buena.

—Dios retorna a crear en hombre que ama—,
todo por El, de mí lo has obtenido;
¡todo, sí, hasta el no ser, hasta el olvido!

* * *

¿Qué importa, di, que fuera pasajero
nuestro sueño de amor y desvarío,
si este presente, que yo llamo mío,
le vivo apenas, cuando ya le muero?

¿Dónde lo eterno que por siempre espero?
Del tiempo, tan fugaz, ya desconfío;
de la vida y sus cambios, me sonrío.
¡El recuerdo tan sólo es duradero!

Y en él, presente, bien que fué pasado,
en él advienes, mas sin ser futuro.
¡El recuerdo es el tiempo eternizado!

Aquí envejezco; pero en él perduro:
siempre amante sonrías a mi lado...
¡Sólo de mi recuerdo estoy seguro!

Los Pájaros Errantes

La tierra

A la tierra la veo, al agua la gusto, al viento lo
escucho y lo palpo.

Sólo el tiempo, más flúido, se escapa; él es como
un viento en el viento.

Yo he visto en las rocas el paso del tiempo.

Un grano de vida hacía nacer un líquen rojizo; y la muerte del líquen, un polvo pardusco.

Pasaban los días, un año, y un musgo pequeño brotaba.

El musgo, ya muerto, era polvo de tierra, en ella arraigaba una yerba, la tierra en la roca crecía.

Y semillas, venidas quién sabe de dónde, llegaron.

Así he visto a los árboles brotar en las rocas.

¡Un grano de vida hizo tierra del paso del tiempo!

¡Oh, puñado de tierra morena que tengo en mis manos; te palpo, te observo, te escucho!

¡Inmóvil y muerta pareces, y fuiste el canto del viento que sopla en la tarde, el vuelo invisible del tiempo impetuoso que nadie doblega!

Otoño

La buena tristeza de mi sabiduría me dice que el otoño es más hermoso que la alegre primavera.

En el árbol él hace de cada hoja una flor encendida, en el viento las hojas las convierte en livianas y frívolas mariposas, en los rayos del sol en flámulas brillantes.

Tú, hombre entristecido, cruza esta alameda de otoño, para que las hojas que te ofrezco crujan como seda bajo tus pasos y te recuerden las mujeres amadas.

Yo haré por que otras hojas rocen tu frente y te finjan caricias o pensamientos perdidos.

En un rincón, donde el viento nada puede, se han reunido las hojas del lecho que te ofrezco.

Reposa en él y sabrás que es blando y tibio, como

el lecho de una mujer joven que hubiese dejado entre las hojas el olor de sus cabellos.

Reposa en él, así verás más cómodamente el alto y claro cielo que rara vez contemplas, y es posible que duermas y que sueñes; porque el aroma de las hojas secas se parece al perfume de la sabiduría.

Los brotes

Vejado por unos, ya son muchos los que me hurtan y me niegan.

Me duele un nuevo desengaño y vago sin rumbo por callejuelas solitarias.

En frente de la alta muralla que circunda un parque señorial, me siento en un rincón donde las basuras aman tener su conciliábulo.

Día pesado, cielo lechoso. Los postigos de las ventanas se abren tras los árboles mustios y cenicientos.

Un año hace, cortaron las acacias que daban una sombra mezquina sobre estas sucias aceras.

Hoy, desde mi duro asiento, veo que las raíces ocultas han brotado, rompen el asfalto, levantan las piedras de los cimientos y desaploman las murallas de las casas cerradas para mí.

Y no sé por qué el empuje irresistible de los tiernos brotes es un espectáculo que alivia mi dolorido y joven corazón.

El guijarro

Qué poder inestable es el tuyo, ¡oh, mar!

Te mueves, cambias, vas y vienes, y todo lo haces dentro de ti mismo.

Porque tú te bastas a ti propio, yo te envidio.

Porque aun vives la hora de la acción que movió el nacimiento del mundo, te amo como a un abuelo.

Porque cambias y cambias sin descanso, comprendo que tu esencia es infinita.

En tus manos de artífice me entrego.

Me entrego como un guijarro que canta, porque las olas lo pulen y tornan en una joya.

En una joya perdida que nadie encontrará en la vasta extensión de la playa desierta.

Pedro Prado.— Nació en 1886. Hombre de espíritu, más allá de las corrientes literarias y de una vida externa. Tiene el prestigio de un maestro y es dueño de su poesía, en creciente producción. Cierta equilibrio clásico va acendrando sus últimos sonetos.

Obras: *Flores de Cardo*, *La Casa Abandonada*, *Los Pájaros Errantes*, *Camino de las Horas*, *Otoño en las Dunas*, *Los Cánticos de la Imago* (en prensa).

DANIEL DE LA VEGA

Súplica por el niño ausente

Señor, no está conmigo. Tu mano me lo debe.
¡Señor, anda distante por el mundo, y es mío!
¡Señor, si él te lo pide, entíbiale la nieve,
párale el sol y tuércele la carrera del río!

Señor, es carne mía, y qué lejos camina...
¿Para qué me das este paisaje, y esta luna,
y esta calma de seda y esta dulce colina?
Son de él estas bellezas. Yo no quiero ninguna...

¡Para ti, aquí en mi pecho, Señor, me estoy bus-
[cando
la plegaria que tenga más ansia y más ternura!
¡Señor, dile al camino que sea breve y blando,
suplícale a la tarde que caiga con dulzura!

Que se torne miel rubia el agua cuando él beba,
que se convierta en rosa el guijarro que él mire,
y echado aquí a tus plantas, nada habrá que me mueva,
edades tras edades, mientras la tierra gire.

Si él no se halla conmigo, ¿de qué sirve el verano?
¿A qué viene la luna si él se encuentra ausente?
Aquí le espero mientras cae la tarde en vano,
y mientras el rosal florece inútilmente...

¡Si mi beso pudiera apartar un guijarro
de la senda por donde su suave pie camina,
yo me arrodillaría y besaría el barro,
besaría el abrojo, besaría la espina!

Pero mi pobre beso, Señor, no puede nada...
Ni apartarle la sombra, ni guardarle del frío,
ni acortarle el camino, ni ablandarle la almohada.
¡Qué poco puede un beso en el mundo, Dios mío!

Pero yo espero, espero. Aquí en mi pecho triste
está ardiendo en hoguera tu palabra divina.
Yo tengo fe, Señor, y tú ya nos dijiste
que al soplo de la fe la montaña camina...

La víspera

Hoy este corazón se ha transformado en cuna,
y en el día no cabe entero mi cariño.
Tú no lo sabes, árbol; tú no lo sabes, luna;
tú no lo sabes, agua... ¡Mañana llega el niño!

¡Acórtate, camino! ¡Apresúrate, día!,
que detrás de ti vienen su mirada, su boca,
su entusiasmo, su mano... ¡Todo eso es carne mía!
Tú no lo sabes, nube; tú no lo sabes, roca...

Y el día va tan lento, cansado bajo el peso
de mi ternura inmensa. ¡Apresúrate, día,
mira que aquí en la boca ya no me cabe el beso,
y en la espera me está doliendo la alegría!

Y tener que esperar que pase lentamente la eternidad celeste de este día de invierno; pegada a los cristales la enloquecida frente, esperando que empiece el crepúsculo eterno.

Y tener que pasar la intensa noche entera frente a frente al camino callado y solitario, contando las estrellas para endulzar la espera. Aldebarán... Andrómeda... Boyero... Sagitario...

Y tener que esperar que el alba soñolienta apague las estrellas; que suene una campana; que una vaca distante muja solemne y lenta, que pase un campesino, que se abra una ventana...

Y salga el sol. Y rompa la fina algarabía de los pájaros ebrios con la gracia del vuelo. ¡Acórtate, camino! ¡Apresúrate, día!, que ya he contado todas las estrellas del cielo.

Pero el sol se ha parado... ¡Corazón mío, ve solo, llevando a cuestas tu cariño profundo, entra a la eternidad y grítale a Josué que el sol se ha detenido otra vez en el mundo!

La confesión

Yo me confieso a ti, Señor. He dado otro paso torcido en el camino. Este barro rebelde y adorado besó esa boca y aceptó aquel vino...

Quiero romper la sombra de tu arcano
para encontrar la fuerza sobrehumana
que rechaza la gracia de esa mano
que ofrece, soñadora, la manzana.

Yo pecador, caigo a tus plantas. Mía
es la culpa. Pequé. ¡Como una fiera
me viene persiguiendo todavía
todo el perfume de su cabellera!

Y no sé si al caer, Señor, de hinojos,
cometo nuevamente otro pecado,
¡pues aun viene quemándome los ojos
la curva de su pecho enamorado!

La garra de las rojas sensaciones,
firme, mantiene mi corazón preso,
¡pues por entre las rotas oraciones
escucho el restallido de su beso!

¡Oh, qué mundos de horrores hondos cabe
en este cuerpo efímero y sombrío!
Tan sólo al recordar su nombre suave
desciende por la carne el calofrío...

Nada vale este cuerpo que desgarró,
con él no alcanzaré gloria ninguna,
pero por este cuerpo hecho de barro
pasó su mano así como una luna...

Perdóname, Dios mío. Yo lo quiero
porque ella lo besó como una loca.
Yo lo despreciaré. Lo juro. ¡Pero
aun no, que queda fuego de su boca!

Cuerpo y alma. Te lo devuelvo todo,
pero no el corazón que tú me diste,
porque con este corazón de lodo
voy recordando su mirada triste...

Cuando tú llegues

Señor, aquí me tienes esperándote,
fervoroso y desnudo,
con mi pequeña lámpara encendida
a los pies del futuro.

No sé por qué camino viene el himno
de tu perfil augusto,
pero siento el rumor de tu sandalia
en mi corazón mudo.

No sé por qué horizonte tu silueta
ha de asomarse al mundo,
pero este año las rosas nacen vueltas
hacia el Oriente rubio...

Cuando tú llegues, besaré la tierra,
en señal de saludo,
y apagaré mi lámpara, ya inútil
en tu día profundo.

Cuando tú llegues me darán las cosas
sus sentidos ocultos,
y mi vida será tan dulce como
la luna en el crepúsculo.

Cuando tú llegues abriré mis puertas
para que entre el júbilo
del viento, y para ver los nuevos signos
de los cielos nocturnos.

Porque se poblarán de estrellas nuevas
los cielos del futuro,
cuando bajo los pechos de los hombres
se callen los orgullos.

Y en nuestros ojos quedarán tan sólo
rencores moribundos,
deshaciéndose en lágrimas, fragantes
como de un llanto tuyo.

Cuando tú llegues guardaré silencio,
y así mis versos últimos
quedarán convertidos en alegres
pájaros errabundos...

Repetiré tu nombre día a día
bajo mi techo obscuro,
para que mi vivienda quede llena
de su claro murmullo.

Hacia ti tenderé mi pensamiento
minuto tras minuto,
para que quede azul, y como enfermo
de un largo plenilunio.

Y cuando llegues besaré la tierra
en señal de saludo.

II

Es posible que tú mañana llegues,
¡oh, Sembrador de rosas!,
¡y las puertas se cierren a tu paso,
y nadie te conozca!

Y caiga el resplandor de tus palabras
sobre sus almas sórdidas,
desorientadas, y sin manos para
recibir tu limosna.

Es posible que tú les digas: "Hijos,
os traigo a vuestras chozas
pan de belleza y agua de alegría",
y los hombres no te oigan.

Y te vuelvan las caras y te nieguen,
y sus vidas anónimas
se queden agrupadas como bestias
coléricas y sordas.

Y en cambio los guijarros que acaricien
tus manos soñadoras
quedarán convertidos para siempre
en ardientes alondras.

Santificadas quedarán las yerbas
que roces con tus ropas,
y no habrá fuego que devore el manso
árbol que te dé sombra.

¡Y el mar para copiarte la silueta
se aquietará en la costa,
y al leve peso de tu voz de seda
se partirán las rocas!

Para alumbrar tu paso, a medianoche,
brillará el alba loca,
y las estrellas, antes del crepúsculo,
se asomarán curiosas.

Y entonces, estos hombres de la tierra
han de dudar a solas
y han de sentir crecer un miedo oscuro
sobre sus almas sórdidas.

Y de rodillas caerán, Maestro,
a tus plantas raras,
y besarán el polvo, suplicándote
un asiento en la gloria.

Señor, más que el amor, les mueve el miedo,
más que la luz la sombra.
Perdónales, que no saben lo que hacen,
¡oh, Sembrador de rosas!

¡Al leve peso de tu voz de seda,
se partirán las rocas!

Daniel de la Vega.— Nació en 1892. Desempeña actividades periodísticas. El encanto modesto de la vida diaria anima parte de su poesía, que adquiere mayores intensidades cuando contiene la intimidad del poeta.

Obras: *Al Calor del Terruño, La Música que Pasa, Cielo de Provincia, Claridad, Nuestra Vida Vulgar, Los Momentos, Las Montañas Ardientes, Los Horizontes, Romancero, etc.*

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA

El canto de los mares solos

Somos la remembranza de la tierra vencida.
Necesitaba Dios nuestro vaivén profundo,
que era ritmo en sus venas y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo.

¡Nuestro vigor es fuerza de estrellas y raíces!
¡Los árboles nos dieron sus moribundos bríos!
Soñamos en las claras y enormes cicatrices
que abrían las soberbias quillas de los navíos.

Como un collar perdido de piedras fabulosas
las estrellas nos hieren en nuestro sueño esquivo.
Somos la sangre turbia de las difuntas cosas;
el grito gutural del hombre primitivo.

Es nuestra rebelión de temblores y nervios
el eco de la tierra que se murió podrida.
¡Oh mástiles sonoros, oh navíos soberbios,
llevados por los vientos primeros de la vida!

¡Qué nuevos argonautas verán el vellocino!
En un dolor horrendo tiemblan nuestros ciclones
queriendo revivir el difunto destino
que fué sangriento y hosco como un tropel de leones.

Sabemos dónde estaban las estrellas, sus rastros quedaron en nosotros. Con dulzura de abuelo iremos sobre el agua colocando los astros que desprendió Jesús con su mano del cielo.

Seremos un vigor enorme y tenebroso. En nuestras olas vibran inmortales tormentos, la voz del Cristo rueda semejando un sollozo lanzado de la cruz hacia los cuatro vientos.

Cúpula

Mi corazón es como una cúpula llena de cantos. Hacia él suspiran los mares y los ríos de este mundo y todo este vibrar se vuelve al cielo como en las alas de un arcángel hondo. Me siento perfumado como un fruto por la desgracia; pero siempre llevo la música y la miel de mis abejas. Ya sé que ni el amor consolaría este suelo solemne de mi sangre. ¡El que ha volado mucho ya no puede ver más que cruces en el horizonte!...

El presentimiento del último día

Claro presentimiento de la muerte que hace cantar la tierra.
¡Moriremos!, suspiran los cipreses.
¡Dios nos llama!, sollozan las estrellas.

La montaña palpita
extasiada en la sombra de los cielos,
y la ciudad es una enorme herida
que canta por los campanarios trémulos.

Los árboles elevan
desde la tierra fértil un sollozo,
y se conmueven de pavor las piedras.
¡El nuevo día no tendrá retoños!

Viene la muerte, ya sus dedos palpan
los muros en silencio.
Hace temblar la luz de las ventanas.
¡La tarde se le escurre entre los dedos!

¡Viene la muerte!, cantan los pastores,
en los valles humildes,
y la bella vertiente de los montes
quisiera eternizar la tarde triste.

La tarde triste; la última campana
la llora como un niño
en sus sones que son una balada
de eternidad en valles de zafiro.

La venida de Jesús

Tierra clara y sombría de los bosque profundos;
sombra de Jesucristo desde el cielo tendida,
suaviza tus montañas y tus mares jocundos,
de las estrellas viene Jesús sobre la vida.

Que se transforme en miel el corazón divino
de los árboles claros, bellos y estupefactos:
Viene el navío eterno que trae el vellocino.
¡Oh espíritu del mundo, mostradle vuestros actos!

¡Oh brazos de las madres, puros y transparentes,
recibid al Jesús dulce y maravillado!
¡Oh corazón inquieto de las hondas vertientes,
cantad sobre la vida como un Job inspirado!

¡Acariciad sus huellas, oh jóvenes esposas!
Hasta Luzbel sonríe, aclarando el infierno.
Viene Jesús, hablad, oh labios de las cosas
obscuras y olvidadas por el Pastor Eterno.

Dolores de los árboles profundos y cansados
que trasudan fatigas y temblores violentos,
cantad a los sonoros espacios estrellados
que perfuman los ángeles y atraviesan los vientos.

Cansancio de Luzbel; atroz monotonía
de sus cinco sentidos para el amor exhaustos;
semillas sin vigor; manos en agonía,
que no acrecientan los últimos holocaustos.

Tierra de las miserias, carne de Job vencida,
prepárate al prodigio; florecerán tus llagas.
El perfil de Jesús se incrustará en la vida,
como la madre muerta en las horas aciagas.

¡Oh senderos del mundo, Jesús viene tranquilo
de las constelaciones infinitas y suaves!
Contempladlo avanzar en un dulce sigilo.
Mueve su corazón las velas de las naves.

El otoño

Frente a la muerte, solo...
Tu mano no retuvo mi congoja.

Mi sufrimiento atravesó el otoño,
leve, en silencio. Me dolía la honra
de ser tan triste. Acaricié el sollozo
que de mi vida levantó su ola.
La eternidad me perfumó los ojos.

Frente a la muerte,
como un infante que mirara un pozo
quedó mi corazón. Pasó la hora
de ser feliz. Frente a la muerte solo,
mi sufrimiento se me ha vuelto aroma.
Grano de mirra de mi tarde. Rostro
hecho de lágrimas. ¿Qué jardín solloza
bajo la azul ceniza de tus ojos?...

Amada mía

Amada mía, amada en tiempos del primer arco
[iris
o allá en la creación junto a las primeras alas.

Desde la sangre de mi madre hacia ti vuelvo mi
[rostro.
Las abejas de mis almendros vuelan en torno de tus
[ojos.

Mi corazón, saeta gastada de noche en el cielo,
atraviesa la poma del día para borrarse en tu voz.

Alargas en tus ojos, amiga mía, los horizontes.
La mañana se eleva en tus brazos.

Te llevaré en la ola de mis venas
así como el cielo lleva su largo temblor de pájaros.

La tierra gira, mi amiga, en un rincón de tus
ojos.
El viento distancia estrellas detrás de tu cabellera.

Latitud

Vives más allá de toda latitud, fuera de todo clima,
como el último pájaro o la primera noche del mundo,
sin límites, como la esencia en el nimbo de un ángel.
Ya no pueden mis brazos asirte sobre el planeta.
Miro tu fuga como cayendo de infinitas escalas,
¡ah desesperado en el ciclón de esta rosa tardía!
Ya se fué de mi mano la sombra de tu presencia,
ya no escucho tu pie deshojado de humo.
Me pesa la montaña celeste en el costado.
Recobro de esta herida toda mi soledad...

¡Ah pan de la tarde, último sabor para la boca!
Me viste la ceniza de todos los horizontes.
Me desnudaré para morir de todo lo que vuela.
Ya no son estos brazos sarmientos de tu hoguera.
Entro en el ambiente de piedra de los ídolos,
allá donde un eclipse lento se desmorona.
Se me cae la noche como una escama azul,
y los ojos te llevan como el mundo a sus ríos.

Ritmo del globo en el cielo, tu voz, camino conmigo.
Ensánchame el heliotropo lejano de tus ojos,
sigue por las rayas heridas de mi mano.
hasta que la última vena trice cantando su ola.
Perdí la dirección del vuelo de los pájaros.
Sólo sé volar en hondas espirales.
Mi haz de espigas es tuyo y, sin embargo, muero.
¡Ah hombre, hombre de la hora tardía,
flecha sin blanco que hacia todo solloza,
para mí la noche, como un grito, acerca su eternidad...

Angel Cruchaga Santa María.— Nació en Santiago, en 1893. Su poesía significó un nuevo lirismo, denso, simbólico, iluminado por agonías espirituales. Con su último libro, *Paso de Sombra*, recibió el Premio Municipal.

Obras: *Las Manos Juntas*, *La Selva Prometida*, *Job*, *Los Mástiles de Oro*, *La Ciudad Invisible*, *Afán del Corazón*, *Paso de Sombra*.

VICENTE HUIDOBRO

Arte poética

Que el verso sea como una llave
que abra mil puertas:
Una hoja cae; algo pasa volando;
cuanto miren los ojos creado sea,
y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
el adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el ciclo de los nervios.
El músculo cuelga,
como recuerdo, en los museos;
mas no por eso tenemos menos fuerza:
el vigor verdadero
reside en la cabeza.

Por qué cantáis la rosa, ¡oh poetas!
Hacedla florecer en el poema.

Sólo para nosotros
viven todas las cosas bajo el sol.

El poeta es un pequeño Dios.

Balada de lo que no vuelve

Venía hacia mí por la sonrisa
Por el camino de su gracia
Yo cambiaba las horas del día
El cielo de la noche se convertía en el cielo del ama-
[necer
El mar era un árbol frondoso lleno de pájaros
Las flores daban campanadas de alegría
Y mi corazón se ponía a perfumar enloquecido

Van andando los días a lo largo del año
¿En dónde estás?
Me crece la mirada
Se me alargan las manos
En vano la soledad abre sus puertas
Y el silencio se llena de tus pasos de antaño
Me crece el corazón
Se me alargan los ojos
Y quisiera pedir otros ojos
Para ponerlos allí donde terminan los míos
¿En dónde estás ahora?
¿Qué sitio del mundo se está haciendo tibio con tu
[presencia?

Me crece el corazón como una esponja
O como esos corales que van a formar islas.
Es inútil mirar los astros
O interrogar las piedras encanecidas
Es inútil mirar ese árbol que te dijo adiós el último
Y te saludará el primero a tu regreso
Eres sustancia de lejanía
Y no hay remedio

Andan los días en tu busca
A qué seguir por todas partes las huellas de tus pasos
El tiempo canta dulcemente
Mientras la herida cierra los párpados para dormirse
Me crece el corazón
Hasta romper sus horizontes
Hasta saltar por encima de los árboles
Y estrellarse en el cielo.
La noche sabe qué corazón tiene más amargura

Sigo las flores y me pierdo en el tiempo
De soledad en soledad
Sigo las olas y me pierdo en la noche
De soledad en soledad
Tú has escondido la luz en alguna parte
¿En dónde? ¿en dónde?
Andan los días en tu busca
Los días llagados coronados de espinas
Se caen se levantan
Y van goteando sangre
Te buscan los caminos de la tierra
De soledad en soledad
Me crece terriblemente el corazón
Nada vuelve
Todo es otra cosa
Nada vuelve nada vuelve
Se van las flores y las hierbas
El perfume apenas llega como una campanada de
[otra provincia

Vienen otras miradas y otras voces
Viene otra agua en el río
Vienen otras hojas de repente en el bosque
Todo es otra cosa
Nada vuelve

Se fueron los caminos
Se fueron los minutos y las horas
Se alejó el río para siempre
Como los cometas que tanto admiramos

Desbordará mi corazón sobre la tierra
Y el universo será mi corazón

Boca de corazón

Por qué llorar
Si un hombre de eucaliptus dolorido
Nos saluda como un ángel
En verdad yo desearía un sacrificio inmenso
Creer en la noche y sus máscaras cerradas
Creer en dioses más viejos que los astros
En los amigos inviolables
En las casas vestidas de amor.

El mundo tiene momentos de sorpresas
Cuando los árboles se cansan de guerras
Cuando el hombre se calla
Y le deslumbran las montañas que tiene adentro
La noche hace salir al mundo de su lágrima ardiente
Y ofrece sus hadas al viento arrepentido

Prefiero un alma donde nadie ha escrito nada
Donde no han crecido plantas
Más que todo me gusta la ebriedad de las islas
Que son un personaje de sueños prohibidos
Con su tarde propia llena de hojas indiferentes
Y un bosque parado por delante
Para ocultar las momias y sus ángeles sonámbulos

Por qué llorar

La vida consiste en pensar en la muerte

En quedarse quieto

Para sentir una lágrima que va naciendo en el corazón

Por qué llorar

Una experiencia redonda como los astros

Cae todos los días del techo del día

La muerte es no saber si estamos ciegos

No acepto el sonido que penetra en los planetas

No acepto el llanto que se hunde

Y sale en diálogos de árboles

Y se va río abajo como la muerte

En alaridos de estrella adivinada

Es mucho y no es bastante

Escalofrío dibujado al fondo como perla triste entre

[sus malezas

Escalofrío azul pintado en las estrellas

Estoy solo y blanco

Miro la vida que se levanta

Miro los ojos azules y los ojos negros

Siento la gracia desnuda de estos campos

Cuando los colores se quedan dormidos en su color

Y sufro a pesar de la luz desparramada

Para llorar con los ojos azules

Tenía una tristeza la tristeza

La tarde se llenaba de aparecidos en oscuros ritos

Yo me alejaba solo y blanco

Para llorar con los ojos negros

Tenía una montaña la montaña

Se oían las alas de la luna

Yo me alejaba como un suspiro a sus estrellas

Para llorar moría el mar
Moría el viento lleno de animales doloridos
Sobre las playas de tu voz
Sufría el mundo en su ataúd de cielo
Es mejor alejarse de estos destinos y estos sueños
Como el suspiro que cumple con su deber
Alejarse alejarse
En la cumbre de la montaña
Hay una piedra que habla

Altazor

(Fragmento del canto I)

Soy todo el hombre
El hombre herido por quién sabe quién
Por una flecha perdida del caos
Humano terreno desmesurado
Sí desmesurado y lo proclamo sin miedo
Desmesurado porque no soy burgués ni raza fatigada
Soy bárbaro tal vez
Desmesurado enfermo
Bárbaro limpio de rutinas y caminos marcados
No acepto vuestras sillas de seguridades nómadas
Soy el ángel salvaje que cayó una mañana
En vuestras plantaciones de preceptos
Poeta
Antipoeta
Culto
Anticulto
Animal metafísico cargado de congojas
Animal espontáneo directo sangrando sus problemas
Solitario como una paradoja

Paradoja fatal

Flor de contradicciones bailando un fox-trot

Sobre el sepulcro de Dios

Sobre el bien y el mal

Soy un pecho que grita y un cerebro que sangra

Soy un temblor de tierra

Los sismógrafos señalan mi paso por el mundo

Crujen las ruedas de la tierra

Y voy andando a caballo en mi muerte

Voy pegado a mi muerte como un pájaro al cielo

Como una fecha en el árbol que crece

Como el nombre en la carta que envió

Voy pegado a mi muerte

Voy por la vida pegado a mi muerte

Apoyado en el bastón de mi esqueleto

El sol nace en mi ojo derecho y se pone en mi ojo

[izquierdo

En mi infancia una infancia ardiente como un al-

[cohol

Me sentaba en los caminos de la noche

A escuchar la elocuencia de las estrellas

Y la oratoria del árbol

Ahora la indiferencia nieva en la tarde de mi alma

Rómpanse en espigas las estrellas

Pártase la luna en mil espejos

Vuelva el árbol al nido de su almendra

Sólo quiero saber por qué

Por qué

Por qué

Soy protesta y arañó el infinito con mis garras

Y grito y gimo con miserables gritos oceánicos

El eco de mi voz hace tronar el caos

Soy desmesurado cósmico
Las piedras las plantas las montañas
me saludan las abejas las ratas
Los leones y las águilas
Los astros y los crepúsculos, las albas
Los ríos y las selvas me preguntan
¿Qué tal cómo está usted?
Y mientras los astros y las olas tengan algo que decir
Será por mi boca que hablarán a los hombres

* * *

Mas no temas de mí que mi lenguaje es otro
No trato de hacer feliz ni desgraciado a nadie
Ni descolgar banderas de los pechos
Ni dar anillos de planetas
Ni hacer satélites de mármol en torno a un talismán
[ajeno

Quiero darte una música de espíritu
Música mía de esta cítara plantada en mi cuerpo
Música que hace pensar en el crecimiento de los ár-
[boles

Y estalla en luminarias adentro del sueño
Yo hablo en nombre de un astro por nadie conocido
Hablo en una lengua mojada en mares no nacidos
Con una voz llena de eclipses y distancias
Solemne como un combate de estrellas o galeras le-
[janas

Una voz que se desfonda en la noche de las rocas
Una voz que da vista a los ciegos atentos
Los ciegos escondidos al fondo de las casas
Como al fondo de sí mismos

Los veleros que parten a distribuir mi alma por el
[mundo

Volverán convertidos en pájaros
Una hermosa mañana, alta de muchos metros
Alta como el árbol cuyo fruto es el sol
Una mañana frágil y rompible
A la hora en que las flores se lavan la cara
Y los últimos sueños huyen por la ventana

Tanta exaltación para arrastrar los cielos a la lengua
El infinito se instala en el nido del pecho
Todo se vuelve presagio

ángel entonces

El cerebro se torna sistro revelador
Y la hora huye despavorida por los ojos
Los pájaros grabados en el cenit no cantan
El día se suicida arrojándose al mar
Un barco vestido de luces se aleja tristemente
Y al fondo de las olas un pez escucha el paso de los
[hombres

Fatiga

Marcho día y noche
Como un parque desolado
Marcho día y noche entre esfinges caídas de mis ojos
Miro el cielo y su hierba que aprende a cantar
Miro el campo herido a grandes gritos
Y el sol en medio del viento

Acaricio mi sombrero lleno de una luz especial
Paso la mano sobre el lomo del viento
Los vientos que pasan como las semanas

Los vientos y las luces con gestos de fruta y sed de
[sangre

Las luces que pasan como los meses
Cuando la noche se apoya sobre las casas
Y el perfume de los claveles gira en torno de su eje

Tomo asiento como el canto de los pájaros
Es la fatiga lejana y la neblina
Caigo como el viento sobre la luz

Caigo sobre mi alma
He ahí el pájaro de los milagros
He ahí los tatuajes de mi castillo
He ahí mis plumas sobre el mar que grita adiós

Caigo de mi alma

Y me rompo en pedazos de alma sobre el invierno
Caigo del viento sobre la luz
Caigo de la paloma sobre el viento

Vicente Huidobro.— Su personalidad lírica y su ingenio despertaron la poesía nueva, con mucho resultado de influencias y transitoriedades. Su valor no se identifica con su creacionismo, que pertenece al recuerdo de las audacias salvadoras. Nació en Santiago en 1893.

Obras: *Canciones en la Noche, Las Pagodas Ocultas, Ecuatorial, Altazor, Poemas Articos, El Espejo del Agua, Temblor de Cielo, El Ciudadano del Olvido, Ver y Palpar, etc.*

PABLO DE ROKHA

Círculo

(fragmentos)

Posiblemente quepa todo el mar en tus ojos
y quepa todo el sol en tu actitud de acuario;
como un perro amarillo te siguen los otoños,
y, ceñida de dioses fluviales y astronómicos,
eres la eternidad en la gota de espanto.

Tu ilusión se parece a una ciudad antigua,
a las caobas llenas de aroma entristecido,
a las piedras eternas y a las niñas heridas;
un pájaro de agosto se ahoga en tus pupilas,
y, como un traje obscuro, se te cae el delirio.

Seria, cual una espada, tienes la gran dulzura
de los viejos y tiernos sonetos del crepúsculo;
tu dignidad pueril arde como las frutas;
tus cantos se parecen a una gran jarra obscura
que se volcase arriba del ideal del mundo.

Tal como las semillas, te desgarraste en hijos,
y, lo mismo que un sueño que se multiplicara,
la carne dolorosa se te llenó de niños;
mujercita de invierno, nublada de suspiros,
la tristeza del sexo te muerde la palabra.

* * *

Asocio tu figura a las hembras hebreas,
y te veo, mordida de aceites y ciudades,
escribir la amargura de las tierras morenas,
en la táctica azul de la gran danza horrenda,
con la cuchilla rosa del pie inabordable.

Niña de las historias melancólicas, niña,
niña de las novelas, niña de las tonadas,
tienes un gesto inmóvil de estampa de provincia
en el agua de otoño de la cara perdida,
y en los serios cabellos goteados de drama.

Estás sobre mi vida de piedra y hierro ardiente,
como la eternidad encima de los muertos,
recuerdo que viniste y has existido siempre,
mujer, mi mujer *mía*, conjunto de mujeres,
toda la especie humana se lamenta en tus huesos.

Llenas la tierra entera, como un viento rodante,
y tus cabellos huelen a tonada oceánica;
naranja de los pueblos terrosos y joviales,
tienes la soledad llena de soledades,
y tu corazón tiene la forma de una lágrima.

U

(fragmento)

Soy el hombre casado, yo soy el hombre casado que
[inventó el matrimonio;
varón antiguo y egregio, ceñido de catástrofes, lúgu-
[bre;

hace mil años, mil años que no duermo cuidando chi-
[quillos y las estrellas desveladas,
por eso arrastro mis carnes peludas de sueño
encima del país gutural de las chimeneas de ópalo.

Dromedario, polvoroso dromedario,
gran animal andariego y amarillo de verdades cre-
[pusculares,
voy trotando con mi montura de amores tristes...

Demonio a caballo

(fragmento)

Por entre mundos, entre muertos, entre
edades que destilan suerte y vientres de siglos, en
[verde aceite de eternidad, amontonados,
navego, a mil estadios de mí y de mí mismo, solo.

No entiendo cómo soy ni en dónde soy, ni cuándo soy,
[ni soy,
o yo soy otro, distinto, universal, acumulado, absorto,
[con mil águilas;
abajo, un mar vestido de culebra, mordiendo un
[crucifijo incendiado, un dios de épocas y piedra,
medio a medio, un tubo de llanto, de luto de atarde-
[cer, y, encima,
una gran estampa de caballero degollado, desde la cual
aúlla un discurso, con chaleco de temporal, echando
los siete relámpagos reglamentarios, por adelantado;
¿qué significa escribir lo que significa escribir, si
[ignoro si estoy
muerto o estoy muerto, o soy un antiguo muerto, ven-
[dido como esclavo, o una antigua reina de cera?

No, empuño mi cabeza y se la arrojo a los leones;
¿a cuál persona me refiero cuando afirmo que la in-
[mortalidad
me rasguña las entrañas con un rifle quebrado?

No me parezco, soy un campo de batalla, un antiguo
[edificio
amarillo, construido en los desiertos de Abraham, un
potro de oro, un soldado enormemente romano,
gritando adentro del traje de acero, con un gran gusa-
[no de fuego en toda la boca
y a quien le emerge una humareda roja desde el pelo
[del pecho, formado de peñascos milenarios y una
[gran costa druida;
me pienso y pienso un volcán de licor extinguido, un
[lagarto
decapitado, besando a una paloma de provincia, un
[león entre dos banderas,
por adentro de mi ser aúllan los monos furiosos y las
[montañas recién paridas,
un clamor gutural de animales, la bestia de dios, tre-
[menda y alucinada,
huyendo de la catástrofe cósmica y el orangután
horriblemente triste, porque deviene hombre.

Elegía de todos los tiempos

(fragmento)

Camino, ruta, sendero, callejón de soledad, con esbirros,
embanderado de mujeres y de ciudades, por océanos, o
[árbol trágico y matemático, a aquella gran ribera
[desesperada,

vía de luto, calle de dolores, senda de llanto,
gran vereda asoleada y floreal como trigo, como mon-
[taña, como pecho de serpiente, lago de oro, dios
[enloquecido,
todos van hacia la misma orilla...

Allí donde están tendidos los muertos y los recuerdos
[de los muertos,
y la desgracia humana se reúne y se azota y se pre-
[cipita y se abruma contra el oleaje irremediable
[como una gran vaca idiota,
porque, de un gran amor, de un gran amor, sólo que-
[dan los sexos vacíos.

Azotado o poderoso, humillado o altanero, alegre como
[el vino o la mujer desnuda,
triste y grande, como la caída del sol, profundo
como la unidad y sus misterios, como la voz que emer-
[ge, desde la especie, por debajo del hombre
[enorme.

Lenin, o Jesús, las grandes banderas,
el hambriento, el rico, el enfermo, el que tenía una
[sola flor, y se la robaron,
y el amo de la propiedad atrabiliaria,
éstos, aquéllos, éstos, a la muerte, desesperados, irán
[cayendo, irán cayendo, irán cayendo despavoridos
aunque se agarren a la humanidad, que se derrumba
[y se desploma con ellos,
o con nosotros, con todos nosotros,
como un carro de cosechas, en la quebrada cordillerana.

Sí, el ser perece, pero, por adentro de la historia, na-
[ciendo y muriendo heroicamente,

todo y sólo lo humano, enarbolado de trabajadores,
[sobrevive y resplandece, encima de la gran ti-
[niebla,
la sociedad, coronada de obreros.

Pablo de Rokha.— Nació en 1894. Su aparición literaria fué la sorpresa de una individualidad convulsiva, anárquica y violenta. Dirige una publicación político-literaria, donde se expresa en todo: desde el insulto hasta la biografía infatigable.

Obras: *Los Gemidos, U, Satanás, Suramérica, Escritura de Raimundo Contreras, Jesucristo, Gran Temperatura, Morfología del Espanto.*

JUAN GUZMAN CRUCHAGA

Isla

Lejos de todo, en medio
de un oleaje de sombras y de lágrimas,
vive serena, erguida,
mi soledad de isla o de montaña.
La rodea un anillo de silencio
y la defiende un aro de distancia.

Cuando pienso, las nubes la ensombrecen.
Cuando sueño, los pájaros la encantan.

Inquietud

¿De dónde vienes, compañera mía,
y a través de qué tiempo y qué distancia?
Acabas de llegar y estás de viaje.
Vienes del horizonte y no descansas.

Tienes el ansia en actitud de vuelo,
el color de la ausencia en la mirada
y en los párpados finos un miedoso
y sensitivo sobresalto de alas.

Presencia

Estás presente en todo lo que miro
y en todo lo que canto y lo que cuento,
en la vertiente de mi pensamiento
y en la raíz amarga del suspiro.

En el aire de otoño que respiro,
en la luna de plata y en el viento,
en la fuga del río, en el aliento
del jazmín y en la estrella de zafiro.

Hace mil años que nos encontramos,
obedecemos a los mismos amos.
Dijo la misma estrella nuestra suerte.

Nos impuso el amor la misma pena,
la misma claridad, igual cadena,
y nos dió muerte de la misma muerte.

Canción

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás extinguida.

Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
Mi lámpara, estremecida,
dió una inmensa llamarada.
Hoy la hallarás extinguida.

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Rosa de humo

¡En la mano delgada y transparente
cómo desapareces, rosa de humo!
Es doloroso, amada, y fugitivo
este amor de cristales moribundos.

Tengo el alma inclinada hacia la muerte
como la espiga, el cántaro y la ola.
El más allá en un río de vacío
mueve un caudal arrasador de sombras.

¡Ay amor de agua, amor de nube errante,
de hojas secas que crujen y se buscan!
Mi corazón abandonado tiembla
en esta frágil amistad de espumas.

Canción ingenua

La blanca rosa lo espera
en sus brazos de fragancia.
Pero, aunque el amor lo quiera,
no lo quiere la distancia.

Al extremo del jardín,
lejos de la enamorada,
desesperado el jazmín
la besa con la mirada;

y la rosa, que medita
meditaciones de rosa,
como una carta exquisita
le envía una mariposa.

Música antigua

Dócil como una llama o una pluma.
Al cuello pieles de caricia y bruma.

Andar por silencioso, recordado.
Andar en el futuro o el pasado,

pero que nunca pareció presente
porque se le quería como ausente.

Eras bondad serena y gracia pura,
límite de belleza que no dura,

belleza de la rosa
y del otoño y de la mariposa.

Si no fueras hermosa y buena y mía,
lo mismo que te quiero te querría,

porque tu amor es ráfaga violenta,
pecho de mar o pecho de tormenta,

ola de noche que no deja asilo
sin invadir con aguas de sigilo,

cadena luminosa, acero fuerte
que no deshace el moho de la muerte,

tizón ardido, garra
de viejo aroma y canto de cigarra.

Aunque los años pasen, todavía
cae en mi pecho un ramo de alegría

cuando en el hombro fiel de mi quimera
se apoya el humo de tu cabellera.

Yo tenía un anillo

Yo tenía un anillo
de cristal.
Porque era frágil lo quería,
y no lo tengo ya.

El anillo quebrado
o perdido en el mar
pesa ahora en mi dedo
mucho más.

Yo tenía un anillo
de cristal,
y el que ahora tengo,
¿de que será?

Desaparece si lo miro.
Si no lo miro, siento su metal
o su materia fría.
Mi anillo de nostalgia no se me perderá.

Balada

Abrasadora pasión,
desconsolada y tardía...
Más que a la rosa en botón
amé a la que se moría;

por eso mi corazón
la recuerda todavía.

Corazón,
¡qué bellos ojos tenía!

Rosa de consolación,
que en su última llama ardía,
fué tu más alta ilusión;
sin embargo, corazón,
te hizo perder la alegría...
Y me dice el corazón:
“¡Qué bellos ojos tenía!”

Hoy padeces la emoción
de saberla en lejanía...
Más que a la rosa en botón
amé a la que se moría...
¡Olvidala, corazón!
Ella ha dejado un crespón
de tiniebla en tu alegría.

Y me dice el corazón:
“¡Qué bellos ojos tenía!”

Ruego

Suspende, Amor, el vuelo
en la orfandad serena de mi vida.
Tu paso por mi cielo
dejóme toda la ilusión florida.

Y cuántas rosas de oro me trajera
la permanente claridad que exhalas
si dió a mi corazón la primavera
solamente la sombra de tus alas.

Juan Guzmán Cruchaga.— Ha servido cargos consulares en Europa, Oriente y América. Su poesía es de una substancia humana leve, contenida y sin estridencias. Nació en 1896.

Obras: *Junto al Braseró, La Mirada Inmóvil, Chopin, El Maleficio de la Luna, Agua de Cielo, Aventura, Canción y Otros Poemas.*

ROSAMEL DEL VALLE

Más bello el árbol que el paraíso

Recostado sobre arenas mentales, invisible hora
Adornada de terrores, de secretos, de páginas verdes
[por el alba.
Entre espumas del cuerpo, en constante trabajo desde
[que la noche se cierra,
A tientas entre las débiles llamas que vienen de lo no
[siempre olvidado.
Dulce animal de distintos vestidos incorporados al
[sueño,
Propietario de olas, selvas sumergidas, de almacenes
[de corales,
Casi siempre a punto de morir en el pecho poético del
[hombre,
Tan inclinada hacia el amor como que sientas palomas
[sobre sus rodillas.
Me parece reconocer el aire que trae estas ondas, este
[ruido de maderas.
Sueños contruídos al borde de ciertas hojas que saben
[sonreír,
Entre animales e insectos, entre nadadores terrestres,
Cerca del abismo donde duermen los ángeles asesina-
[nados.
Entre climas mentales, invisible tiempo,

Poseído de mis mensajes, de mis pruebas, de mis deseos
[sobre espinas.
Sin celestes alarmas, sin el olor blanco, blanco de las
[leyes.

Dispuesto a los llamados, a las nocturnas experiencias,
Al terror de las manos volcadas sobre los objetos,
A la súbita fuga de las abejas de ceniza en los sueños
[perdidos.

Viaje alrededor de la lámpara

Inesperada sinfonía a punto de abrirse
Y movimiento de la sangre en urnas de brillante sello
Donde el corazón permanece inaccesible como un dedo
En cerradura de sombra con muerte alrededor.
Los sonidos levantan el pie en la noche y sus chispas
Reflejan estatuas perseguidas a lo lejos.
Y hay un pensamiento que depone las armas y recibe
La mano oscura que despierta en la atmósfera.

Líquida historia familiar entre retratos y voces flo-
[tantes
Dedicadas al paseo nocturno por carbones de olvido.
Muebles cerrados, rincones de océano, pies blancos
Sin alfombras de calor ni puentes terrestres.
Y el agua terrible en los espejos, el vaso de sueño,
Las sábanas crecidas de césped, los trajes vacíos,
El hilo transparente de las palabras en los muros,
El oído con un pájaro muerto.

Qué lejos pasa el mar con su nido, qué lejos
Suenan el corazón con la campana entre los dedos.
Inalcanzable movimiento del rumor que se fuga
Y necesidad de perecer sin oírlo.
Como un aire de esponsales la sangre abre la puerta,
Corre entre coronas y agujas de calor y llama de ojo
[en ojo
Y tiende espacios, jardines, lechos de viento y fuego
En un doble despertar de imagen destruída.
Oh cuerpo inmóvil y trenza de los delirios,
Costumbre de perecer en arenas de incendio y lejano
Fantasma de pesada respiración que se pasea
Por un país de habitaciones cerradas y envueltas de
[ruido.
Olas y rayos nadan, pupilas y manos en hilos y raíces.
Entre anillos de un sol de otro cielo.
Sólo el tiempo tiene voz en la lámpara.
Un día lo tendrá la obscuridad.

El corazón sumergido

(fragmentos)

Elementos

Es el hombre una lámpara en dos pies
Y dos alas y vidrio y tiniebla alrededor.
Abramos los ojos, las sienes, los tallos, las piernas,
Las puertas del cuerpo y de la obscuridad.
Seamos su paso, su reflejo, su aliento, su número,
El espacio y el tiempo y su ruido y lo que sigue

Al movimiento de válvulas y llaves de sombra unidas
En un pulso de fuego y aire contenido de raíz.
Qué crecida tiniebla nuestra prolongada en su clima
De ángel extraído de la muerte.

Dios

Qué escala mágica conduce y devuelve entre músicas
Y fuegos y aureolas y cuerpos despavoridos
En la potencia inútil y en el sueño realizado,
Más bello y mágico que la ola dentro del mar.
Guía de las arañas aladas y de los coros de pájaros,
Conducido y ciego visitante de nieve
De escala en escala y de abismo en abismo.
Y siempre alrededor y siempre olor y espada
Y penetrante calor sin muerte
En enloquecido y continuo pasar.

La rebelión de los ángeles

Oh, no más resplandor. No más, no más espacios ni
[praderas
De fuego y tallos y clas. No más dulce atmósfera.
“Nosotros somos la boca del mar y la ceniza,
Somos el amanecer de las raíces y el ojo del aire,
Somos la respiración salada y ardiente y la cascada
Detenida en el aire de una mañana sin puertas.
Somos el sonido del sol y el sabor de la noche desatada,
Por fin, en nuestras manos. Y somos el humo de los
[jardines
Destruídos. Y somos el viajero que despierta al hombre
Dormido en un iluminado sueño de ruina”.

Ceremonial del convidado

“Yo la veo claramente aunque
vosotros no la percibáis...”

Walt Whitman.

He tenido mi estatua, un hallazgo de sal para el
[olvido.

¿Mi mano levantó el mar? ¿Mi cabeza la sombra?
Id y sepultaos, me dije. Pero era el tiempo de la
[melancolía.

El mundo danzaba detrás de una leve ebriedad,
En un pavoroso ejercicio del corazón para verse pasar.

Oh, cuando el olvido viene entre ovejas,
Cuando cae de la boca del pastor.
La vida canta hacia las afueras de la ciudad,
Hacia el polvo que sueña de espaldas a la noche.
Dejad que respiren las piedras de los muertos, dice.
Dejad que crezca el pavor de la tierra.

¿Por qué debe correr el polvo de un lado a otro
Sin despertar jamás lo que duerme? Apenas vestido,
Apenas con un color terrestre, casi cubierto de hierbas.
Tú lo sabes, esplendor del día.
Tú lo sabes y eres el puente por donde se pasa
Con la cabeza ceñida de voces que desean caer.

Ven a mí, helada armonía del cuerpo flotante,
Del despiadado llamar en toda puerta detrás de la
[noche;
De la máscara sedienta, de la ebriedad del gusano,
De la lámpara que se estremece en el lecho del muerto.

Pero dejad lo vivo y quemante, dejad las cálidas sá-
[banas,
Los santos de madera, las flores, el agua que mira
[y se deshace.
Dejad cerradas las salidas, abierto el abismo.
Y suelto el loco sueño del perro que nos debe seguir.

Tal vez ni la Amiga que atraviesa los muros y se sienta.
Ni el humo de plata del pan, ni la máscara del vino.
Ni siquiera el atardecer caído del nido de las campanas.
Nada, nada. ¿Comprendes? Nada sino el ruido de las
[llaves
Con que alguien abre la tierra.

Tal vez una sombra en la cabeza desgarrada.
La mirada del hombre, la mirada que no encuentra
[dónde posarse.
Uno mismo en lo hondo, a lo lejos; uno mismo en el
[adiós a las cosas.
En los tranquilos preparativos, en las palabras
Cuya agua sube desde la noria terrestre.
En el adiós, ¿comprendes?, en la imagen que suelta las
[cadenas.

Pero está el mundo familiar... Los viejos mendigos,
Los pastores, los carpinteros ebrios,
Los que solamente conversan sin escucharse;
Los que se pasan la mano por los ojos para despertar.
Los que llegan y parten; los que se han construido un
[lecho
En las puertas penetrantes de los cementerios;
Los que tuvieron su vino en mi mesa y los que lo re-
[chazaron;

Los que andan debajo de la noche con una estrella
[ardiente;
Los que habitan las paredes de mi casa;
Esos que hacen que el agua se mueva de un lado a otro
[sin caerse;
Los que encienden la lámpara y la apagan,
¡Oh los que la apagan!, y se deshacen.

Alguna vez, alguna sombría vez saber que las cosas
[nos observan,
Que son nuestro íntimo ruido, que nos reciben
A cualquiera hora y desde cualquier abismo.
Alguna vez saber que ellas abren la luz y las aguas
Para que veamos pasar al viajero que saluda desde
[lejos.

Sea eso y llámese dicha o pavor; llámese cuerno o tem-
[pestad;
Llámese hora de gala, llámese baile o partida.
Sea eso y dejemos todo, dejemos los pies en la hierba.
(En la noche nada hay que pisar, la niebla cae en las
[norias.

El polvo se mira en las piedras, las piedras lloran en
[el agua.)
¡Oh!, y sea la imagen que hacemos en el mundo
Lo que nos sigue para siempre.

Y ven a mí todavía coche sólo debajo de los nidos.
Ven a mí, viajero del hacha en el hombro.
Los árboles de fuego saludan la noche y la noche
Espera que cierre mis puertas.
¿Tendrá su voz la Anciana?, ¿su altar el dios solo?

Orfeo

(fragmento)

Oh todavía tú en esta brillante soledad que se
[deshace,
En estos espacios de vida ardiendo alrededor.
Tan parecida a los puentes que he cruzado, a la au-
[sencia
De mi espalda en los actos menos lúcidos y el luto.
Todavía tú, resplandeciente y muerta, coronada y sin
[red.
Para protegerme de lo que me sigue con hachas en
[lo* alto.
Tú podrías oír, tú podrías temblar delante de los velos
Con que se cubren las hijas terribles del abismo.
“*Las Parcas...*” No, no las *Parcas*. Los husos amarillos
[giran.
A veces, el polvo. A veces, el fuego. Y siempre el ru-
[mor próximo;
La danza del tiempo degollado encima de las piedras.
Tú estarías delante, erguida delante de una columna,
Con un ejército silencioso en el pecho, con una espada
[y en ella una abeja.
Y *Ellas* vienen, Eurídice. Las furias salen de sus re-
[domas hacia mí.
“He ahí el huésped de nuestros padres, el que tiende
[el oído hacia adentro.
Su esposa gime en las tinieblas y él por ella, ciego.
¿Por qué dejarlo ir? ¿Por qué no amarlo? ¡Orfeo,
[dejad la túnica!
Miradnos desnudas en tu pobre luz, miradnos la ca-
[bellera y los senos.

Ningún arte mejor, ningún fuego mejor que nuestra
[boca en tu boca.

Ningún hervor como el de nuestro cuerpo en el tuyo.
¡Orfeo! ¡Orfeo! Vacía tu copa de hielo sobre las llamas.
No son las que has visto: no queman, no devoran, no
[hunden.

Dan lustre a los cuerpos abrazados. Son el amor que
[hierve y lame.

El amor de la espalda en tempestad, del vientre so-
[cavado.

Algo como la lámpara que te trajo por playas y ti-
[nieblas.

La luz misma, en fin, Orfeo. ¡La que apenas tuvo
[para sus pasos Eurídice!"

¿Qué otra cosa es esto que la voz de la Nada, que la
[piedra reunida?

¿Hablarán así los muertos debajo de su estatua?

Tal vez mi oído, tal vez mi sien golpeada por cam-
[panas, tal vez yo mismo

O la impiedad del barro lúcido que sigue a la parte
[del cuerpo más sola.

Ya sucedió una vez, lejos de Eurídice. Una vez, de
[noche, en la ciudad.

Luisa (su nombre era Verónica) me hablaba con las
[mismas piedras en la boca:

"Todo en mí, en la curiosidad de mi cuerpo.

Llévame más abajo de lo hondo de tu música, en el
[vagido.

Nunca más el ojo fijo en la tierra en que tu boca
[araba sombra.

El sol mismo está en mis piernas, el mundo abierto
[así respire.

¿Para qué abandonarme en la ciudad donde tú mismo
[apenas te ves?

Tiéndeme cerca de ti, en tu costado. ¿O temes que
[doble tu cuerpo?"]
Una vez, la mujer vagabunda, en la ciudad. La cara
[se me cae en el polvo.
...Pero siento bocas en mis muslos, en el grito de
[Eurídice.
¡*Ellas* todavía, *Ellas* reunidas en mi ser, tocan las
[columnas!
El gusano de mi corazón brilla desde la Extranjera
[hasta aquí,
Dorado en una caricia de años, en la obscura ver-
[güenza.
¡Eurídice! ¡Eurídice! Sumergida patria de mi sangre
[extraviada,
Idea de una tierra vasta, parecida al lecho y al
[abrazo.
Tocan hondo en mí, remecen lo que no veo, fatigan
[mis puertas.
Bocas de seres de distintas formas y de distinto calor
[me circundan.
Y ninguna es de sirena, ni de paloma torcaz.
Tienen la tiniebla de la espalda, la luz de media-
[noche.
¿Vienen de ti, son tu imagen para probarme los sen-
[tidos?
Mis ojos se rompen, mi cuerpo arrastra en sangre sus
[harapos.
Una losa alumbraba hacia abajo lo que fui un día.
Sólo a través de ti y tú sola como el dedo de los
[dioses sobre mí.
Pero *Ellas* tuercen mi voz: "Orfeo, hijo de la estrella.
Dulces brazos y pesados muslos dichosos para el amor.
Muro en vez de oídos, cal en vez de lengua, mirada
[hacia adentro.

Hijo de la estrella siempre y Orfeo. ¿Somos la noche
[amarga?
¿La cicuta feroz? ¿La olla despreciable al mediodía?
¿Nuestros senos son la hoja seca, la mistela sin sabor?"
¡Eurídice! ¡Eurídice! Que tu muerte me escuche debajo
[de las piedras.

Rosamel del Valle.— Solitario e inmenso en su angustia, su poesía tiene la grandeza y el espanto de los que buscan en los propios poderes humanos la redención definitiva de la vida del hombre. Su último libro *Orfeo* (1944) parece señalar una salida hacia términos más luminosos. Nació en 1900.

PABLO NERUDA

El coloquio maravilloso

Pelleas. Iba yo por la senda, tú venías por ella,
mi amor cayó en tus brazos, tu amor tèm-
[bló en los míos.

Desde entonces mi cielo de noche tuvo
[estrellas
y para recogerlas se hizo tu vida un río.

Para ti cada roca que tocarán mis manos
ha de ser manantial, aroma, fruto y flor.

Melisanda. Para ti cada espiga debe apretar su grano
y en cada espiga debe desgranarse mi
[amor.

Pelleas. Me impedirás, en cambio, que yo mire la
[senda
cuando llegue la muerte para dejarla
[trunca.

Melisanda. Te cubrirán mis ojos como una doble
[venda.

Pelleas. Me hablarás de un camino que no termine
[nunca.

La música que escondo para encantarte
[huye
lejos de la canción que borbota y resalta;
como una vía láctea desde mi pecho fluye.

Melisanda. En tus brazos se enredan las estrellas más
[altas.

Tengo miedo. Perdóname no haber llega-
[do antes.

Pelleas. Una sonrisa tuya borra todo un pasado;
guarden tus labios dulces lo que ya está
[distante.

Melisanda. En un beso sabrás todo lo que he callado.

Pelleas. Tal vez no sepa, entonces, conocer tu ca-
[ricia,
porque en las venas mías tu ser se habrá
[fundido.

Melisanda. Cuando yo muerda un fruto tú sabrás su
[delicia.

Pelleas. Cuando cierres los ojos me quedaré dor-
[mido.

Maestranzas de noche

Fierro negro que duerme, fierro negro que gime
por cada poro un grito de desconsolación.

Las cenizas ardidas sobre la tierra triste.
Los caldos en que el bronce derritió su dolor.

¿Aves de qué lejano país desventurado
graznaron en la noche dolorosa y sin fin?

Y el grito se me crispa como un nervio enroscado
o como la cuerda rota de un violín.

Cada máquina tiene una pupila abierta
para mirarme a mí.

En las paredes cuelgan las interrogaciones,
florece en las bigornias el alma de los bronce
y hay un temblor de pasos en los cuartos desiertos.

Y entre la noche negra —desesperadas— corren
y sollozan las almas de los obreros muertos.

* * *

No lo había mirado, y nuestros pasos
sonaban juntos.

Nunca escuché su voz, y mi voz iba
llenando el mundo.

Y hubo un día de sol, y mi alegría
en mí no cupo.

Sentí la angustia de cargar la nueva
soledad del crepúsculo.

Lo sentí junto a mí, brazos ardiendo,
limpio, sangrante, puro.

Y mi dolor, bajo la noche negra,
entró en mi corazón.

Y vamos juntos.

Poema seis

Te recuerdo como eras en el último otoño.
Eras la boina gris y el corazón en calma.
En tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo.
Y las hojas caían en el agua de tu alma.

Apegada a mis brazos como una enredadera,
las horas recogían tu voz lenta y en calma.
Hoguera de estupor en que mi sed ardía.
Dulce jacinto azul torcido sobre mi alma.

Siento viajar tus ojos y es distante el otoño:
boina gris, voz de pájaro y corazón de casa,
hacia donde emigraban mis profundos anhelos
y caían mis besos alegres como brasas.

Cielo desde un nayío. Campo desde los cerros:
¡Tu recuerdo es de luz, de humo, de estanque en
[calma!

Más allá de tus ojos ardían los crepúsculos.
Hojas secas de otoño giraban en tu alma.

Poema ocho

Abeja blanca zumbas, ebria de miel, en mi alma
y te tuerces en lentas espirales de humo.

Soy el desesperado, la palabra sin ecos,
el que lo perdió todo y el que todo lo tuvo.

Ultima amarra, cruje en ti mi ansiedad última.
En mi tierra desierta eres la última rosa.

¡Ah silenciosa!

Cierra tus ojos profundos. Allí aletea la noche.
Ah, desnuda tu cuerpo de estatua temerosa.

Tienes ojos profundos donde la noche aletea.
Frescos brazos de flor y regazo de rosa.

Se parecen tus senos a los caracoles blancos.
Ha venido a dormirse en tu vientre una mariposa
[de sombria.

¡Ah silenciosa!

He aquí la soledad de donde estás ausente.
Llueve. El viento del mar caza errantes gaviotas.

El agua anda descalza por las calles mojadas.
De aquel árbol se quejan, como enfermos, las hojas.

Abeja blanca, ausente, aun zumbas en mi alma.
Revives en el tiempo, delgada y silenciosa.

¡Ah silenciosa!

El fantasma del buque de carga

Distancia refugiada sobre tubos de espuma,
sal en rituales olas y órdenes definidos,
y un olor y rumor de buque viejo,

de podridas maderas y hierros averiados,
y fatigadas máquinas que aúllan y lloran
empujando la proa, pateando los costados,
mascando lamentos, tragando y tragando distancias,
haciendo un ruido de agrias aguas sobre las agrias
[aguas,
moviendo el viejo buque sobre las viejas aguas.

Bodegas interiores, túneles crepusculares
que el día intermitente de los puertos visita:
sacos, sacos que un dios sombrío ha acumulado
como animales grises, redondos y sin ojos,
con dulces orejas grises,
y vientres estimables llenos de trigo o copra,
sensitivas barrigas de mujeres encinta,
pobremente vestidas de gris, pacientemente
esperando en la sombra de un doloroso cine.

Las aguas exteriores de repente
se oyen pasar, corriendo como un caballo opaco,
con un ruido de pies de caballo en el agua,
rápidas, sumergiéndose otra vez en las aguas.
Nada más hay entonces que el tiempo en las cabinas:
el tiempo en el desventurado comedor solitario,
inmóvil y visible como una gran desgracia.
Olor de cuero y tela densamente gastados,
y cebollas, y aceite, y aun más,
olor de alguien flotando en los rincones del buque,
olor de alguien sin nombre,
que baja como una ola de aire las escalas,
y cruza corredores con su cuerpo ausente,
y observa con sus ojos que la muerte preserva.

Observa con sus ojos sin color, sin mirada, lento, y pasa temblando, sin presencia ni sombra, los sonidos lo arrugan, las cosas lo traspasan, su transparencia hace brillar las sillas sucias. ¿Quién es este fantasma sin cuerpo de fantasma, con sus pasos livianos como harina nocturna y su voz que sólo las cosas patrocinan?

Los muebles viajan llenos de su ser silencioso como pequeños barcos dentro del viejo barco, cargados de su ser desvanecido y vago: los roperos, las verdes carpetas de las mesas, el color de las cortinas y del suelo, todo ha sufrido el lento vacío de sus manos, y su respiración ha gastado las cosas.

Se desliza y resbala, desciende, transparente, aire en el aire frío que corre sobre el buque, con sus manos ocultas se apoya en las barandas y mira el mar amargo que huye detrás del buque

Solamente las aguas rechazan su influencia, su color y su olor de olvidado fantasma, y frescas y profundas desarrollan su baile como vidas de fuego, como sangre o perfume, nuevas y fuertes surgen, unidas y reunidas.

Sin gastarse las aguas, sin costumbre ni tiempo, verdes de cantidad, eficaces y frías, tocan el negro estómago del buque y su materia lavan, sus costras rotas, sus arrugas de hierro, roen las aguas vivas la cáscara del buque, traficando sus largas banderas de espuma y sus dientes de sal volando en gotas.

Mira el mar el fantasma con su rostro sin ojos:
el círculo del día, la tos del buque, un pájaro
en la ecuación redonda y sola del espacio;
y desciende de nuevo a la vida del buque
cayendo sobre el tiempo muerto y la madera,
resbalando en las negras cocinas y cabinas,
lento de aire y atmósfera y desolado espacio.

Sólo la muerte

Hay cementerios solos,
tumbas llenas de huesos sin sonido,
el corazón pasando un túnel
oscuro, oscuro, oscuro,
como un naufragio hacia adentro nos morimos,
como ahogarnos en el corazón,
como irnos cayendo desde la piel al alma.

Hay cadáveres,
hay pies de pegajosa losa fría,
hay la muerte en los huesos,
como un sonido puro,
como un ladrido sin perro,
saliendo de ciertas campanas, de ciertas tumbas,
creciendo en la humedad como el llanto o la lluvia.

Yo veo solo, a veces,
ataúdes a vela,
zarpar con difuntos pálidos, con mujeres de trenzas
[muertas,
con panaderos blancos como ángeles,
con niñas pensativas casadas con notarios,
ataúdes subiendo al río vertical de los muertos,

el río morado,
hacia arriba, con las velas hinchadas por el sonido
[de la muerte,
hinchadas por el sonido silencioso de la muerte.

A lo sonoro llega la muerte
como un zapato sin pie, como un traje sin hombre,
llega a golpear con un anillo sin piedra y sin dedo,
llega a gritar sin boca, sin lengua, sin garganta.
Sin embargo sus pasos suenan
y su vestido suena, callado como un árbol.

Yo no sé, yo conozco poco, ya apenas veo,
pero creo que su canto tiene color de violetas húmedas,
de violetas acostumbradas a la tierra,
porque la cara de la muerte es verde,
y la mirada de la muerte es verde,
con la aguda humedad de una hoja de violeta
y su grave color de invierno exasperado.

Pero la muerte va también por el mundo vestida de
[escoba,
lame el suelo buscando difuntos,
la muerte está en la escoba,
es la lengua de la muerte buscando muertos,
es la aguja de la muerte buscando hilo.

La muerte está en los catres;
en los colchones lentos, en las frazadas negras
vive tendida, y de repente sopla;
sopla un sonido oscuro que hincha sábanas;
y hay camas navegando a un puerto
en donde está esperando, vestida de almirante.

Significa sombras

¿Qué esperanza considerar, qué presagio puro,
qué definitivo beso enterrar en el corazón,
someter en los orígenes del desamparo y la inteli-
gencia,
suave y seguro sobre las aguas eternamente turbadas?

Qué vitales, rápidas alas de un nuevo ángel de sueños
instalar en mis hombros dormidos para seguridad
[perpetua,
de tal manera que el camino entre las estrellas de
[la muerte
sea violento vuelo comenzado desde hace muchos días
y meses y siglos.

Tal vez la debilidad natural de los seres recelosos y
[ansiosos
busca de súbito permanencia en el tiempo y límites
[en la tierra,
tal vez las fatigas y las edades acumuladas impla-
[cablemente
se extienden como la ola lunar de un océano recién
[creado
sobre litorales y tierras angustiosamente desiertas.

Ay, que lo que soy siga existiendo y cesando de existir,
y que mi obediencia se ordene con tales condiciones
[de hierro,
que el temblor de las muertes y de los nacimientos
[no conmueva
el profundo sitio que quiero reservar para mí eter-
[namente.

Sea, pues, lo que soy, en alguna parte y en todo tiempo,
establecido y asegurado y ardiente testigo,
cuidadosamente destruyéndose y preservándose in-
[cesantemente,
evidentemente empeñado en su deber original.

Entrada a la madera

Con mi razón apenas, con mis dedos,
con lentas aguas lentas inundadas,
caigo al imperio de los nomeolvides,
a una tenaz atmósfera de luto,
a una olvidada sal decaída,
a un racimo de tréboles amargos.

Caigo en la sombra, en medio
de destruidas cosas,
y miro arañas, y apaciento bosques
de secretas maderas inconclusas,
y ando entre húmedas fibras arrancadas
al vivo ser de substancia y silencio.

Dulce materia, oh rosa de alas secas,
en mi hundimiento tus pétalos subo
con pies pesados de roja fatiga,
y en tu catedral dura me arrodillo
golpeándome los labios con un ángel.

Es que soy yo ante tu color de mundo,
ante tus pálidas espadas muertas,
ante tus corazones reunidos,
ante tu silenciosa multitud.

Soy yo ante tu ola de olores muriendo,
envueltos en otoño y resistencia:
soy yo emprendiendo un viaje funerario
entre tus cicatrices amarillas:
soy yo con mis lamentos sin origen,
sin alimentos, desvelado, solo,
entrando oscurecidos corredores,
llegando a tu materia misteriosa.

Veo moverse tus corrientes secas,
veo crecer manos interrumpidas,
oigo tus vegetales oceánicos
crujir de noche y furia sacudidos,
y siento morir hojas hacia adentro,
incorporando materiales verdes
a tu inmovilidad desamparada.

Poros, vetas, círculos de dulzura,
peso, temperatura silenciosa,
flechas pegadas a tu alma caída,
seres dormidos en tu boca espesa,
polvo de dulce pulpa consumida,
ceniza llena de apagadas almas,
venid a mí, a mi sueño sin medida,
caed en mi alcoba en que la noche cae
y cae sin cesar como agua rota,
y a vuestra vida, a vuestra muerte asidme,
a vuestros materiales sometidos,
a vuestras muertas palomas neutrales,
y hagamos fuego, y silencio, y sonido,
y ardamos, y callemos, y campanas.

Oda de invierno al río Mapocho

Oh sí nieve imprecisa,
oh sí temblando en plena flor de nieve,
párpado boreal, pequeño rayo helado,
quién, quién te llamó hacia el ceniciento valle,
quién, quién te arrastró desde el pico del águila
hasta donde tus aguas puras tocan
los terribles harapos de mi patria?
Río, por qué conduces
agua fría y secreta,
agua que el alba dura de las piedras
guardó en su catedral inaccesibles,
hasta los pies heridos de mi pueblo?
Vuelve, vuelve a tu boca de nieve, río amargo,
vuelve, vuelve a tu copa de espaciosa escarcha,
sumerge tu plateada raíz en tu secreto origen
o despéñate y rómpete en otro mar sin lágrimas!
Río Mapocho, cuando la noche llega
y como negra estatua echada
duerme bajo tus puentes con un racimo negro
de cabezas golpeadas por el frío y el hambre
como por dos inmensas águilas, oh río,
oh duro río parido por la nieve,
por qué no te levantas como inmenso fantasma
o como nueva cruz de estrellas para los olvidados?
No, tu brusca ceniza corre ahora
junto al sollozo echado al agua negra,
junto a la manga rota que el viento endurecido
hace temblar debajo de las hojas de hierro,
río Mapocho, adónde llevas
plumas de hielo para siempre heridas,
siempre junto a tu cárdena ribera
la flor salvaje nacerá mordida por los piojos

y tu lengua de frío raspará las mejillas
de mi patria desnuda?

Oh que no sea,
oh que no sea y que una gota de tu espuma negra
salga del légamo a la flor del fuego
y precipite la semilla del hombre!

Mares de Chile

En lejanas regiones
tus pies de espuma, tu esparcida orilla
regué con llanto desterrado y loco.
Hoy a tu boca vengo, hoy a tu frente.
No al coral sanguinario, no a la quemada estrella,
ni a las incandescentes y derribadas aguas
entregué el respetuoso secreto ni la sílaba.
Guardé tu voz enfurecida, un pétalo
de tutelar arena,
entre los muebles y los viejos trajes.
Un polvo de campanas, una mojada rosa.
Y muchas veces era el agua misma
de Arauco, el agua dura:
Pero yo conservaba mi sumergida piedra,
y en ella, el palpitante sonido de tu sombra.
Oh mar de Chile, oh agua
alta y ceñida como aguda hoguera,
presión y trueno y uñas de zafiro,
oh terremoto de sal y de leones!
Vertiente, origen, costa
del planeta, tus párpados
abren el mediodía de la tierra
atacando el azul de las estrellas!
La sal y el movimiento se desprenden de ti
y reparten océano a las grutas del hombre

hasta que más allá de las islas tu peso
rompe y extiende un ramo de substancias totales.
Mar del desierto Norte, mar que golpea el cobre
y adelanta la sal hacia la mano
del habitante solitario y áspero,
todo alcatraz y rocas de frío sol y estiércol;
costa quemada al paso de una aurora inhumana.
Mar de Valparaíso, ola
de luz sola y nocturna,
ventana del océano
en que asomada
la estatua de mi patria
mira con ojos todavía ciegos,
mar del Sur, mar océano,
mar, luna misteriosa,
por Imperial aterrador de robles,
por Chiloé a la sangre asegurado
y desde Magallanes hasta el límite
todo el silbido de la sal, toda la luna loca,
y el estelar caballo desbocado del hielo.

Pablo Neruda.— Nació en Parral en 1904. Su desarrollo literario ha conmovido decisivamente la historia de la poesía chilena. Hoy se le acepta, reconoce y elogia universalmente como el intérprete más vivo de la hora presente. Su influencia en poetas jóvenes ha sido inevitable. Grandes viajes por misiones consulares en Oriente, Europa, España y México le han incrementado su experiencia del mundo.

Obras: *Canción de la Fiesta, Crepusculario, El Hondero Entusiasta, Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada, Tentativa del Hombre Infinito, Residencia en la Tierra, España en el Corazón, Las Furias y las Penas, Canto General a Chile.*

JUVENCIO VALLE

Bosque

¿Con qué llave de cábala han de abrirse tus arcas?
¿Con qué piedra de gracia he de golpearme el pecho
para que al fin se me abran como flores tus puertas?
¡Oh majestuoso duende de la barba florida!

Aquí estoy de aventuras, pero nada he resuelto.
Tantos signos me mienten. La centella, la aurora;
mis pasiones tan vivas, el diablo del laberinto
y esta duda de afuera como piedra y esfinge.

Aquí estoy de aventuras, pero nada poseo.
Ni el caballo que tiene la herradura de vidrio,
ni la cota de mallas para cambiar de cara,
ni la espada que canta como un lirio en el aire.

¿Cuál será la medida de tu sésamo ábrete?
¿Cuál la cisterna húmeda, pura como una polca?

Ya, comadre cigüeña, baje del campanario,
eche su cuello al viento, baraje como una mula.
Calzado con mis virtuosas espuelitas de cobre,
corta se nos haría la estación de la luna.

Y, linda princesa mía, cómo estarás llorando
porque tu estrella triste se tumbó a la deriva.
Mas yo seré el que conquiste tu castillo de naipes,
el que te signe el pecho con su rama de olivo.

Y pobre del dragón verde que está echado en el césped
gozándose en la doliente procesión de tus lágrimas.
Yo le haré que se oville como un perro de lana
hasta lamer el polvo de oro de tus sandalias.

Aquí estoy, de aventuras, y está todo resuelto.
Yo seguiré mi norte, camino de la leyenda,
hasta que un sabio golpe de mi hacha de viaje
me haga llegar a siete estados bajo la tierra.

Canto de amor

(fragmento)

Venid, amiga mía, a arar la tierra,
demos lustre a la vieja agricultura;
adoremos al buey, hagamos patria,
ya buscando el coral, lavando el oro
o apuntando la flecha hacia la luna.
Ordeñemos la higuera, levantemos
con cuatro tablas una enredadera.

Si me acuerdo de ti, levanto tierra,
apresuro la rosa, palpo seda,
digo raíz sublime, alta rodilla,
muselina dorada, espacio tibio,
beso y enagua puros, sal y azúcar,
leche desparramada y perfumada.

Y te traigo la miel para que comas,
la cebolla, el maíz, el pan centeno,
la espiga que enriquece los mercados,
la aceituna española y la cebada.
De la montaña azul te traigo pájaros;
de la mar, vellocinos y botellas.

Te quiero con rencor, por eso muerdo
con rabia la manzana de tu huerto,
por eso enarco el pecho y me florece
la piel a contraluz, por eso sangran
pulmón y corazón bajo los dientes,
por eso es que la púrpura vacila
y la espada flamígera deviene.

Por eso te coronó de amapolas
y rendida a mi clamor te tengo, oveja;
por eso te hago hueco a mi costado
y te entrego la palma y te señalo;
y eres tú, con tu trébol y tu lana,
con tu flauta delgada y con tu verde
pastor que te conduce a silbo y agua.

Yo, varón sin nobleza, hecho de barro,
sin bandera, sin índice, sin lirios,
os amo como puedo, impuramente,
en forma de invasión, cuchillo en mano,
os amo en capitán con carabina,
en rudo leñador que afila su hacha.

Os amo bien desnudo con mi barro,
bien gusano de luz, a ras de tierra,
vuelto piedra y raíz, como un minero,

pecho y boca en los túneles oscuros,
aullando cuesta abajo como un lobo,
llorando noche a noche en vuestra oreja

Aquí irrumpe desbocado mi caballo,
aquí remato feliz, aquí retumbo
y florezco al azar, aquí me pierdo
y sollozo desnudo, aquí me ahogo
y doblado y herido pongo oído
a mi propia y recóndita herrería.

Pero, a veces, qué trémula es mi harina,
qué callado el camino de la hormiga
y qué mística la sombra del olivo.
Qué orejas me circundan de repente
o qué ausente de mí mismo me descubro
cuando espero, perdido y dolorido,
el azúcar conyugal que hay en tu lengua,
la rosa sideral que hay en tu pelo.

El Libro Primero de Margarita

(fragmentos)

23

Margarita no tiene perspectiva en este plano. No tiene sello ni rumor. Sus ojos de pasta luminosa, su sueño y hasta su falda corren disueltos en brazos de la ancha marea vegetal. Este es un mundo de grandes caídas, un círculo de hilachas y goteras marchitas que no se aviene a la acuñación de flores planetarias. Los peces voladores muerden en las sales

vivas o se comen las pilastras cristalinas que sostienen con sangre la arquitectura interior del agua. Largas emanaciones se manifiestan a ras de copa. La atmósfera levanta sus cortapisas en estado de surtidor o maravilla hasta extremos de infinita debilidad, pero en seguida una especie de veneno corrosivo la derrumba en grandes y abiertos corimbos. Estilo, acento, epifanía, pierden su aspecto de tijeral y se hunden como una piragua o una lámpara. Hasta el coral se esfuerza por salir a la superficie, pero un hálito líquido y continuo lo arrolla todo en una sola y trémula compuerta. Mal podría allí adquirir contornos duraderos eso que es como azúcar en el mar.

28

Hundidos en la verde fragancia, hay una boca que clama como un pozo abierto, un grillo cantor que pide agua fresca entre las hierbas. Parece la voz del pasto incorporándose, queriendo intervenir destino arriba. Pero el polvo material la aplasta, la amortigua entre las piedras muertas. ¿No te duele el esfuerzo, la desesperación, el fracaso de esta dolorosa sangre vegetal? ¿No sientes la desgarradura del aire por cuyas escaleras bajan las negras golondrinas o suben las culebras sin ojos?

Dicen que el tinte negro de la tierra, el carbón que en ella anda disuelto, los líquidos amargos, encuentran su camisa de oro en la flor. Se introducen en ella por un falso pasaje y salen al otro extremo convertidos en campanilla. Allí adentro encuentran sus afeites, su loción para el pelo. Y es que la flor se sobrepone a los elementos contrarios, los domina o los neutraliza al temple de su constancia musical.

La flor se distiende, se reincorpora, se hace a la mar. Con ese su semblante de cuerpo exprimido, superado de escala en escala, parece un laborioso producto terminado en punta. En ella acaba una especie de largo sueño, un proceso de altos y bajos que comienza en la piedra y en donde después lo animal y vegetal caminan juntos. La tierra inmóvil se hace sensible y temblorosa en virtud de este impulso que la levanta en su polvo más fino. Y es difícil creer que este fruto central, sostenido a medio camino, haya servido en otro tiempo de religión, de bandera o de droga para el amor. Y ahora que es un punto luminoso, cuesta también pensar que tendrá que derrumbarse, irse río abajo, inmovilizarse entre las obscuras cenizas. La flor terminada es como una pregunta sin fuerza o como un mar discontinuo, salpicado de lamparillas vacilantes. Se sostiene cuanto puede en ebullición, busca acomodo en las zonas celestes, se añade a los cuerpos de dulce calidad: los metales del cielo, las ráfagas que barren los techos o el éter azul, sencillamente.

Las flores se conservan a base de movimientos generales, de substancias colorantes, de océanos atmosféricos. Un agua viajera y horizontal entrelaza las copas del aire. Es el aguardiente picante de la flor. Llegada la estación profunda, hasta de la luz solar asoman flores acuáticas. Pájaros del agua respiran hondamente por debajo como lunas submarinas. Aroman desde su débil fundamento, deslumbran desde el plano saturado de espumas.

Adquiere vigor lo cristalino, tiemblan y acrecen los vidrios planos ante este tempestuoso desborde de jardinería. La procesión enorme se corre tomada de la mano y avanza como un autocarril por el valle

central. En la trompa pomposa van quedando pegadas las telarañas que el tiempo alimenta, las rubias harinas, las estrellas que de noche se caen al pasto. Todo se desploma al paso de los grandes trenes madereros. Vacas paridas, potrancas y colmenares huyen despavoridos.

Arbol del paraíso

No me dejes caer en tentación, Margarita, apártame de tus dedos, sabios como alfileres; apártame de la cáscara de tu tronco con flores, del caballo más dulce, apártame tú que puedes.

Líbrame de los viajes de miel al otro mundo si debajo de un árbol el caballo me espera; líbrame de los garfios de la montura blanca, de los lomos de nardo de la yegua canela.

Que no corran unidos la carrera preciosa, la manzana del cielo y el puñal de la tierra.

No me dejes correr en tus canchas de flores; que no pise tus hierbas fatales, Margarita; en tus aguas ocultas que no derrame espumas, en tus piedras azules que no levante chispas.

Desvíame de tus aguas —alcohol en racimo—, de las violentas aguas de tu amapola roja; de la zarza envolvente y del surco en camino, de la culebra de oro que en el árbol se enrosca.

Desvíame de la flecha, de la curva y la línea,
del alto y florecido columpio de la hoja.

Eres árbol de leche, paraíso e higuera,
y estos fuegos alertas quieren quemar tu casa,
explorar tus jardines y pisar en tus sedas:
Margarita, levanta tu varilla de gracia
y defiéndeme del avance de la tenaz culebra.

Juvencio Valle.—La íntima maravilla vegetal se ofrece a los ojos y a la materia poética de este sureño de bosques y selvas. Nació en 1907. Estuvo en España, durante la guerra civil.

Obras: *La Flauta del Hombre Pan, Tratado del Bosque, El Libro Primero de Margarita, Nimbo de Piedra.*

JULIO BARRENECHEA

Taquigrafías del mediodía

El día

ya es un niño grande.

Acaba de cumplir doce horas.

En su honor el Santa Lucía

destapa una botella de champaña.

Generosas madrinas, las campanas,

le llenan los bolsillos de sonantes monedas.

Regalo de cumplehoras,

se mueve entre sus brazos

el juguete mecánico de la ciudad con cuerda.

Lo alegre que está el día grande.

Para mostrar que tiene fuerza

levanta al Sol en lo más alto.

Irguiéndose en su regocijo,

le pasa revista a las torres,

y los punteros de los relojes

militarmente se le cuadran.

Aperitivo placentero.

Mi vista toma esto que pasa:

De un Liceo de niñas detenido

desembarcan contentas marineras.

Por los países de pintura
su viaje hicieron en los mapas.

Cómo ríe una colegiala.
Si así ríe en el gabinete,
se hará un jardín de los herbarios,
y volarán, seguramente,
mariposas de las colecciones
y pájaros embalsamados.

Yo también estoy tan contento
frente a la pubertad del día.
Por favor, señor farmacéutico,
no cierre aún,
espere un rato.
y véndame algo de alcanfor
para conservar mi alegría.

Solitario el pastor

Pastor despreocupado, he despertado solo.
¿Dónde están mis rebaños?
¿Qué será de mi flauta?
Llamando en la colina más alta de la noche,
he lanzado el silbido de la vía de leche
que atraviesa el espacio.

Perdí el rebaño bueno de cariñosas lanas.
Mis ovejas livianas, blancas de arroz y seda,
venían presurosas tras de mi flauta triste.
Mi corazón para abrevarlas se volvía un remanso.

Pero yo fui el amigo de irme solo a los bosques.
a perderme internado entre sueños espesos,
a trepar, a trepar por ambición de frutas,
a dormirme cansado sin lograr las más altas.

Acaso no cuidé lo que debí cuidar,
lo que ya no era mío, lo que podía irse.
Ovejas, flauta triste, corazón de remanso.
¿Dónde están estas cosas? ¡Oh, pastor solitario!

Sin flauta no hay rebaños.
Sin rebaños no hay agua.
En todo hay una ausencia,
un anillo sin mano.

Solo, como los ases en las cartas del naipe.
Frente a un espejo terso,
parado sin hallarme.
Qué sentido abandono.
Qué pobreza tan grande.
Qué destierro de toda patria serena y blanda.
Pido asilo a las sombras.
Noche, dame tu amparo.
Pero también la noche me mira huraña, aviesa.
Y está vuelta la bruja de los sustos de niño
con el solo colmillo de su luna de almendra.

Esquina con flauta

Toca la sombra del ciego,
y sale luz de la flauta.

Brilla el filo de la esquina
gracias a la luz que canta.

Para la pena se fuma,
y el ciego fuma en la flauta.

Su canción es en la noche
una melodía blanca.

Música triste, encendida
en el final de la flauta.

(Por la noche de los cielos
se enciende la luna blanca.)

Blancura de ojos y luna.
Flauta de música blanca.

La noche tiene su luna
y el ciego tiene su flauta.

Mal de obscuridad que espanta
cantando canciones blancas.

Luna que va por los cielos
como una nota de flauta.

Esquina con flauta, donde
un rayo de luna canta.

Ronda de vírgenes muertas

Venid fantasmas bellos de tempranas dormidas.
Volved desde las flores, surgid aroma arriba.
De la liviana muerte venid dulces hundidas.
De vuestra fresca muerte, muerte recién nacida.

Oíd desde las rosas. Oíd desde las lilas.
Oíd la voz que llega a golpear al aroma.
Abrid vuestras violetas. ¡Oh, sombrías pupilas!
Moved bajo la tierra vuestras frías palomas.

Cuánto amor inmolado, cuánto goce perdido,
cuánto tierno tesoro en duro mar hundido.
Cuánto beso en botón, cuánta intacta caricia,
cuánto flúido ardiente, helado sin delicia.

No puede ser. Por eso os llamo niñas tristes
hasta la blanca hoguera soplada por la muerte,
Si la sombra alimenta todo lo que no existe,
venid, venid entonces, consumidas fervientes.

Cómo está vuestra llama para siempre encendida,
vuestros puros aceites arañando en los huesos.
Cómo dejar que queden vuestras bocas mordidas
tan sólo por los dientes silenciosos del hielo.

No puede ser. No puede la muerte ser tan fría,
ni tan dura la tierra, habrá un profundo día,
habrá un aire, una luz, en donde estáis dormidas,
serán por fin las flores un camino a la vida.

Sí, tomad por las flores. Oíd las voces mías,
venid a esta llanura de verde y oro ardiente,
traed desde las sombras vuestra melancolía,
abrid los brazos blancos, alzad las blancas frentes.

Tomaos de las manos uniendo almendras puras,
corred, bailad, danzad libres por la llanura,
por las lomas ardientes corred como una espuma,
girad en torno mío. ¡Oh, círculo de brumas!

Girad, marfil doliente, relieve desolado,
girad en sueño lento de movimientos pausados.
Dejadme ver los tristes ojos desencajados.
Dejadme ver las últimas lágrimas que han llorado.

Quiero sufrir ahora por vosotras, es mucho
el dolor y la sombra de tanto hielo ardido.
Pobres vírgenes muertas, desde la tierra escucho
vuestro llanto de flores por el amor perdido.

Vida secreta

Como la luz en su platino, vivo.
Envuelto en un metal de suaves muros.
Entre lutos de amor, semidormido,
con los ojos tendidos a otro mundo.

¿Qué aceite me separa de las aguas
de esta vida que toca mis orillas?
Estoy como un silencio iluminado
vagando en un océano de lilas.

Si pudieran mirarme me verían,
con el oído de cristal, atento
a un caracol de músicas perdidas.

Cómo me veo yo, cuando me miro
encendido entre sombras, escuchando
el paso de la luz por el olvido.

Julio Barrenechea.— Nació en Santiago, en 1906. Su actividad política como diputado ha mermado su producción artística. Su poesía fué en sus primeros libros un juguete literario, cuando la imagen era toda la poesía nueva. La madurez le ha traído tono y realidades.

Obras: *El Mitin de las Mariposas, Espejo del Sueño, Rumor del Mundo.*

OSCAR CASTRO

Rama de noche en el río

Era la soledad tan de lucero,
tan de postrera rosa y agua fría,
que un crujir de pisadas persistía,
sutil, por el altísimo arenero.

¿De qué voladas plumas mensajero
un relumbre de malva florecía?
Milagro de mojada celestía,
constelaba su flor un jazminero.

Celadora nocturna de sus arcas,
se venía de noche por el río,
bruñida por escamas y cristales.

Un ensueño translúcido de barcas
por un puente pasaba de rocío
con su carga de piedras siderales.

La cabra

La cabra suelta en el huerto
andaba comiendo albahaca.

Toronjil comió después,
y después tallos de malva.

Era blanca como un queso,
como la luna era blanca.

Cansada de comer hierbas,
se puso a comer retamas.

Nadie la vió sino Dios,
Mi corazón la miraba.

Ella seguía comiendo
flores y ramas de salvia.

Se puso a balar después,
bajo la clara mañana.

Su balido era en el aire
un agua que no mojaba.

Se fué por el campo fresco,
camino de la montaña.

Se perfumaba de malvas
el viento, cuando balaba.

Luto irreal

Hoy se ha muerto Esmeralda.
Se quedó viudo el Angel de la Guarda
y andaba con un lirio y un lucero
atravesados en la garganta.

Se murió de mirar florecer los rosales
y de recoger en sus pechos el alba.
Alguien sintió pasar su delantal de viento.
Se murió de mirarse los ojos en el agua.

Hay que calzarse ahora, con zapatos de pétalos
y caminar por la noche mojada.
Por ella están durmiendo los pájaros.
Nadie tuvo más pura la voz que Esmeralda.

Las violetas sabían que había de morirse
y callaban.
Rezaban las colmenas dulcemente por ella,
y se quebró la rama de la mañana.

Esmeralda podría ser un sueño,
un junco o una espada.
Yo sólo sé decir que me fulgía
como un diamante en las entrañas.

Y, sin embargo, amigos, no es verdad. Yo no sé
quién sería Esmeralda.
Me floreció la voz en ella
y tuve que llorarla.

No es verdad que se ha muerto. Puede estar
en cualquier país o comarca.
Amortajada en una fucsia. Presa en una magnolia.
Mi corazón lo sabe y se lo calla.

Pero yo tengo a Dios en la garganta,
el corazón humedecido
y llenos los ojos de lágrimas.

Dejadme cortar lilas y ramas de sueño
para el entierro de Esmeralda.

Fuga mojada

Iba por el agua la potranca fina,
la que tiene el casco de ventisca clara.
Iba por el agua delicadamente,
cruzando el misterio de un túnel de ramas.

A la dulce vera del agua crecían
hierbas de la plata de mojadas barbas.
Y bajo los dedos del viento campero
los mimbres esbeltos tocaban guitarras.

Húmedo su belfo, la potranca olía
y compraba mentas con monedas de agua.
Y en el chapoteo de sus cascos tiernos
escapaban peces y crecían alas.

Huasqueada por látigos de sombra, seguía
pisando el estero de pura mirada.
Por sus cuatro patas como tallos grises,
subía el estero, camino de su alma.

De pronto la niña desnuda en el agua
deslumbró sus ojos, blanca, blanca, blanca.
Llenas las pupilas de fulgores y hostias,
se quedó mirando la fina potranca.

Y huyó temblorosa por el campo nuevo,
rompiendo la hierba con cascos de plata.
La niña, miedosa, de centauros locos,
por el bosque huía con su traje de agua.

Raíz del canto

Conozco el habla de los hombres
que van curvados por el campo,
y el grito puro de la tierra
cuando la hienden los arados.

Conozco el trigo que madura
—sol en monedas acuñado—
y las mujeres que transportan
su llamarada entre los brazos.

Generaciones de labriegos
van por el cauce de mi canto:
hembras del pecho en dos racimos,
firmes varones solitarios.

Ellos hablaban con Dios vivo
en el mensaje de los cardos
y conversaban con el agua
en el lenguaje de los pájaros.

Un abuelo de mis abuelos
era padrino de los álamos.
Otro acuñaba lunas nuevas
al levantar su hoz en alto.

En el silencio de mi madre
dormía el yuyo de los campos,
la yerba-luisa, el toronjil,
el vaso blanco de los nardos.

Todos me cantan pecho adentro;
van por mi sangre río abajo;
giran en trilla de jacintos
por mi silencio deslumbrado.

La tarde pura de mi verso
tiene gavillas y ganados,
porque aun miran por mis ojos
los que sembraron y sembraron.

Cuando galopo cielo arriba
sobre mi yegua de topacio,
es que me tiene desvelado mi sementera,
mi sementera de los astros.

Conozco el grito jubiloso
del trebolar recién regado
y es el licor que se derrama
desde las copas del zapallo.

Sé del lagar, sé de las viñas
y de los mostos fermentando,
y sé de Baco que solloza,
borracho azul, entre los pámpanos.

Sé de las lentas escrituras
del humo gris sobre los ranchos;
del viento sur cuyo relincho
puebla la noche de caballos.

Sé de la harina mañanera
que agosto vuelca de un cedazo
y de los pozos que gotean
en un crepúsculo de cántaros.

Sabiduría de mi sangre
donde los llantos fermentaron.
Sabiduría de mi pecho.
Sabiduría de mis manos.

Lento, en la tarde silenciosa,
por este surco voy pasando;
surco sutil hecho en el tiempo
con el arado de mi canto.

Tengo de greda hecha la frente.
De greda tengo mis dos manos.
Sabiduría de mi sueño.
Sabiduría de mi tacto.

Porque conozco y sé de tierra,
viviré siempre deslumbrado
y conversando iré por ella
con la semilla y con el árbol.
Si de repente me muriera,
como se cae un campanario,
retemblarían las campiñas
en un galope de centauros.

Oscar Castro.— Nació en 1910. Tiene sus ocupaciones en Rancagua, donde hace periodismo. La simplicidad de expresión y el sabor campesino auguran porvenir artístico a este poeta. Cultiva otros géneros, como el cuento.

Obras: *Camino en el Alba, Viaje del Alba a la Noche.*

VICTORIANO VICARIO

Romance del ballenero

En el figón en donde canta el vino y la chusma
y más de algún piloto sueña con un navío,
se refugia el recuerdo de una canción. La lluvia
golpea la ventana por donde yo te miro,
donde voy enlazando historias, donde gime
tan tristemente el viento del Norte en los veleros
que han de partir. Yo busco la brújula y los límites
que te cercan de peces y corales de sueño.

Mañana sale el barco, y hay temporal. (Tú sabes
de esto que entre los hierros se lamenta y solloza.)
Una carta nostálgica, el puñal y las llaves
te confiaré, doliente música de las olas.
Mientras tanto, sueñas bordando junto al fuego;
mientras bebo y te miro entre el humo y las copas,
pienso: ¡Qué hermoso niño nacerá de tus besos!
¡Qué navío, si el mundo resbala de tu sombra!

Será, como su padre, buen marino; no hay duda
que ha de amar el océano y los barcos de vela.
Buena alegría y buen vino. Y para la luna
polar, el ballenero que dora sus ballestas.
Y es todo esto lo que de ti espero, es esto
de mar, de islas, de soles derrumbados. Violines
en medio de la niebla, mientras duerme el pequeño
desata el campanario su réquiem. Y es lo mismo
mi corazón que se hincha como un velamen nuevo.

Palabras en sordina

“Heme aquí, querida de otro tiempo”,
apenas musical sombra de plata.
Tan amada y llorosa sinfonía
que vibra al recobrar tu mano blanca.

Yo ya no tengo nada más que este amor profundo,
virtud del lirio y la paloma esclava.
Me preguntas qué fué mi vida. ¿Lloras?
Toda mi vida está junto a tus lágrimas.

Cómo atardece el día. ¿Oyes la música
del mar? Hay una sombra en la ventana.
Es el pasado que se atreve apenas
a mendigar un poco de esperanza.

Pero, qué te podría decir, cuando el Ulises
que hay en mí se arrodilla. Una palabra
llena toda la vida cuando una
mujer espera junto a una ventana.

Introducción al olvido

Desde aquí donde veis tanta sombra caída,
tanto jazmín quemado y ola rota.
Hubo el amor, el buen amor celeste
que vive y muere al son de las palomas.
Todo ese amor estuvo adormeciéndose
sobre un caballo azul de puras rosas.
Y era mi pecho como un mar profundo
lleno de antiguos soles. Amorosa
virtud de haber quebrado mis palabras
en el silencio puro de tu boca.

Dorado afán de ir adormeciéndose
sobre un yacente mármol de corolas,
y entrar al sueño donde estás herida
sobre un mar hechizado de amapolas.
Hubo el amor aquí donde la estatua
era un afán perdido entre las hojas,
donde el primer delito sollozaba
por la sangre que hubo de verter la paloma.

Toda esa muerte apenas tuvo nacido brillo
de eternidad; y ahora, soledad que galopa.
Hubo el amor aquí, dulce y quemante anillo
que vuela sobre el viento como una flecha rota.

Encuentro de Orfeo

Desde tu eco celeste, desde tu azul marina,
desde la orquestación de las campanas rotas.
Emerges desde el sueño de la amapola ardiente
coronado de uvas en medio de las olas.
Buen amigo, es el tiempo de la virtud, es cuando
para decir amigo hay que decir rapsodia.
Yo he encontrado en tu retorno un eco
perdido por las flautas de tu tiempo de rosas.

Pero cuando caminas deshojando narcisos,
cuando viertes la dulce miel de las flautas rotas.
Cae el silencio como una virtud de perlas
para morir cantando al borde de las copas.
Buen tiempo el tuyo era, buen tiempo para una
soledad que emergía del bosque y las corolas,
donde la miel ardía como un canto violento
y el mar se encabritaba como un potro de sombras.

Puedo yo estar aquí frente a tu voz, herido
por musicales himnos frente de la amorosa.
Y tender hacia el viento el velamen y el sueño
con sus islas en donde mi soledad reposa.
Pero cuánta tristeza me aleja, cuánto llanto
de Pléyades extiende su clamor en la fronda.
Llorar por ti es llorar un sueño inútilmente
en medio de la lluvia clamorosa de alondras.

Cuánta fábula gira, cuánto espejo escondido
puso su débil plata en tu aterrado asombro.
Desde lejos llegaban obscuras cabalgatas
a recoger tu sangre hecha un puro tesoro.

Yo no sé qué pedir por tus líricas fugas,
ni sé qué rezo ardiente colocar en tus hombros.
El mar, el mar caído te besa la cabeza
y se tiende a tus pies como un perro de oro.
¡Ah!, amigo, buen amigo puro de sinfonías,
el tiempo musical quebró su plinto solo.
Y así desvanecido por un sol de agonías
quedó tu nombre ardiendo puro de sal y yodo.

Egloga inicial

Llueve desde el fondo de la tarde. Llueve,
y tú no estás aquí, frente a mis ojos.
Solo. La habitación la sombra mueve
sobre mi corazón lentos responsos.
¡Ay clamor de distancia!, ¡ay desamparo
en esta soledad ebria de llanto!
Lejos de ti, lejos, recuerdo
tu inmóvil actitud de ángel nevado.

¿Pero qué vino amargo en mi está ardiendo,
qué amapola cordial, qué desamparo?
Sobre mis dedos cantan las estrellas
y estoy lleno de azul encadenado.

Querida soledad, querido otoño,
no hay nada más que un canto para el sueño.
Y tú, la que te fugas en mi canto
te escondes en el fondo de un espejo.
Yo recuerdo los días vaporosos
donde el primer sollozo encontró un beso.
Primer anuncio de perdón, ahora
no hay nada más que corazón y cielo.

Canción de la ventura perdida

Escuchad bien, amigos, ese rumor que viene
desde el fondo del tiempo amargo y venturoso.
Yo tuve un tiempo azul, y una reminiscencia
de violines quebrados por los dedos de otoño.
Vaporosa quietud empujaba el silencio
sobre los grandes órganos del bosque rumoroso.
Allí, mi juventud lejana se encendía
cuando el sol derrumbaba sus catedrales de oro.

Distancia y soledad, y abandonado vino,
solo como el océano, solo como una isla.
Escuchad el rumor que viene cabalgando
sobre el Pegaso azul de mi infancia perdida.

Torres de oro bruñían las tardes, en el patio
el sol como un diamante encadenado ardía.
Mi madre, con su rostro venturoso, cantaba
canciones de su tierra, ebrias de luz marítima.

Todo eso era en el tiempo virtuoso, cuando el mirlo del buen amor pulía su encantadora ocarina.
Y hoy, tras de la bruma cruel se asoman los fantasmas con sus músicas lentas y sus lentas fatigas.

Pero todo es recuerdo, sí, recuerdo. Levante, caballero, su rostro, su rostro de ceniza.
Al fondo de la alcoba, como estrellas de espanto, iluminan el sueño viejas fotografías.
Dejadme solo en esta ciudad abandonada, donde la luna es novia del más arrepentido.
¿Oís cómo se acercan las doncellas llorando?
¡Dejadme aquí, dejadme, mis queridos amigos!

Victoriano Vicario.— Nació en 1911. Su formación ha sido autodidáctica. Hay en él una riqueza poética, y ésta llegará al dominio de las palabras cuando sepa sacrificar todas las complacencias literarias y verbales que velan su personal realidad poética.

Obras: *El Lamparero Alucinado*, *Fábula de Prometeo*,

ROQUE ESTEBAN SCARPA

Encuentro del antiguo amor

Memoria del amor, cruda nostalgia, ya revivo
en el carmín fogoso de lejanos días
tu graciosa figura adolescente.

Hoy, ¿qué incautas voces, qué alocados gestos
te han despertado en la virgen hondura de mi noche?
Ya vuelven las doncellas, el celo y rojo acanto,
renaciendo el laurel de eterna primavera.
Se deshacen los mármoles en espumas y aguas,
el pecho del amor revive las heridas:
el gozo de la sangre conoce tu presencia,
las venas navegadas por corrientes primeras.
Todas las ocultas y celestes memorias
te han creado de nuevo, hurtando del olvido,
del callado marfil y espadas negras,
la adolescencia luminosa de ojos tuyos,
de dulces labios tuyos.

Resucitado cuerpo, mira en esta noche
cómo llevo mis ojos deshaciéndose en luces.

Canción

La muerte que me codicia existe:
algún día seré cuerpo abandonado.

Ansia mortal bebida en tu mejilla,
melancólica voz que me consume.

Preguntas y ausencias me donaste.
Sólo vivo el enigma de un olvido.

Secreto cansancio

Ahora reposo sobre lo invisible,
sobre un ave secreta cuyas plumas retengo,
sobre el ansia oprimida de aceptar mi destino,
taciturno desmayo en mi cuerpo mortal.

Ahora reposo sobre los silencios,
sobre la piedra oscura
que perdió su nostalgia de marmórea columna,
sobre el musgo que no sueña entre su verde, pájaros,
sobre el silencio amorfo como olvido infinito.
Ahora sobre la muerte dejo mi cansancio,
adolescencia fría, tiempo derribado,
las manos ciegas que el aire ha detenido
en un eclipse lento de todas las sonrisas.

Ahora vivo donde el amor disuelve su deseo,
una noche de otoño, desangrada de aromas.
Ahora vivo en mi pecho empañado de escarcha,
también en tus labios y su plateado frío,
sobre el silencio invisible y lo ya muerto.

Elegía romántica

¿Cómo eres sin mi amor?

Aquella luz codiciosa de su propia hermosura,
y ese viento o delirio de muy ardiente sangre

y soledad confundida por un amado sueño,
sin mi amor, ya no eres.

Una voz oscura te ciñe la garganta
y arrastra aristas grises' esa risa amarilla.
Dos alas de niebla son tus párpados dulces.

Mi luz, la sombra aun viste de figuras de fuego,
pero no sueñes alboradas de gaviotas,
no pienses en el caliente rumor
de un jardín de azafrán que ha encendido la tarde.
Sólo existe para siempre un amor que nos' hiere
y el gris devora lento la carne de los días.

Como tú, nadie olvida. Las antiguas violetas
escuchan aún caer las blancas lluvias.
Tal en un aire vagan de nostalgia
un color hecho aroma, un prado alzado a ojos,
nube o mirada de otra tarde lenta.

Mira: el polvo rehace las violetas
y los inviernos que sueñan las violetas.
Nadie quiere mortajas, nadie pide silencios
en que el estéril yelo queme forma y pupila.
Oye, amor. ¿Me oyes? También aire sueña
pechos en que morir porque la sangre aliente.
También el amor muere, mortal mantenimiento,
porque el hombre no olvide su sonrisa de niño.
Oye, amor. ¿Me oyes? Nadie como tú olvida.
Destruye el tiempo verde, desuella mi esperanza,
pero vive y existe en el resplandor del día.
Deja que en ti apacienten mis ojos sus heridas,
deja que en ti se muera mi soledad divina.

Oyes, amor, esa música que gime la penumbra:
es un río de agujas y un clavel deshojado.
¿Por qué tu nombre suena en esta noche seca
como un río de agujas y un clavel exprimido?

Las lágrimas también se secan: hoy lo he sabido.
Con el amor hay que morir a solas.

Sonetos

Amante vuelvo y de llorar maduro,
argos de llanto vuelvo y soledades,
ceniza amantealzada en claridades,
mortal amante en el morir seguro.

Cautivo ando en este cuerpo y muro
cayéndome en su carne a tempestades,
herido de ser hombre, y por mitades
rebelde tierra y ángel que figuro.

Cornamenta de avispas es mi día:
vestido voy de tiempo y antifaces,
y debajo del rostro, la agonía.

Muriendo anda la sangre en mi figura,
muriendo vuelvo, sueño, donde yaces
aprendiz de la muerte y sepultura.

* * *

Siento el ala del dios en tu sonrisa,
una forma que canta su alegría,
un color hecho aroma de armonía
y una luz que en tu labio se precisa.

Pues es soplo del dios, beso la brisa
que entre tus labios, dulce, se encendía.
Mi corazón te llama en su agonía
y es tu nombre su voz y su divisa.

Si el rostro vuelves y el cabello de oro
como sombra desciende a tu mirada,
el alma gime en su prisión airada,

rompe su muro y natural decoro,
huye y radiante alienta en la frontera
de tu amor, de tu labio y primavera.

* * *

Corazón que de agujas me sostienes,
huesos de sal donde la pena pace,
amargo amor que de mi sueño nace
y entre castos silencios me contienes.

Sin ti, espeso velo son mis sienes,
muerta luz son mis brazos sin tu enlace,
mi ser, nevada noche en donde yace
esta tierra asolada en que me tienes.

Yo pensaba ser norte de tu sueño,
soñarte con mi sueño que quisiera
de tu apartada libertad ser dueño.

Y es tu ausencia quien guarda prisionera
esta voz, esta sangre que despeño
a esta muerte que quieres que yo muera.

* * *

Esa luna que el alma me conmueve,
esa luz que en mi llaga se perdía,
y esa pena que turbia me vencía,
y esa ola de sangre que era nieve,

y esa brisa de flechas que se atreve
contra ojos de niebla que quería,
y esa voz que es mi voz y que no es mía,
en soledad conjunta nos eleve

a ti, ágil ala de salina luna,
y a mí, oscuro viento y derribado
que amor convoca y tu piedad aúna.

Tu soledad abraza mi cuidado,
el olvido, la muerte y la fortuna
y ese amor que me tuvo desolado.

* * *

(A Chela Lira, pintora.)

Esta gracia de luz, esta sirena
que en el color expresa su tormento
de ser de sombra y fuego y de lamento,
dulce sonrisa en desolada pena,

esta lira de amor que siempre suena
dando a la vida flor, trino y acento;
esta alma de sed que es fiero viento
detenido en su carne y fugaz vena,

esta mujer que sueña con el cielo,
y, sirena de blanca y pura pluma,
da en el verde y oscuro su desvelo,

esta mujer que vive en agonía,
pinta de amor, y en el color resuma
el amante morir de cada día.

* * *

Roque Esteban Scarpa.— Nació en Punta Arenas, en 1914. Sus actividades docentes en la Universidad han sido acompañadas por una labor antológica seria y renovadora para la enseñanza. Su libro de poemas premiado por la Sociedad de Escritores de Chile, lo reveló como genuino poeta. Es uno de los valores por su cultura, independencia y claro sentido de las letras.

Obra poética: *Mortal Mantenimiento, El Tiempo, Morir a Solas.*

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

VOLÚMENES PUBLICADOS:

1. CUENTOS DE LA ALTA INDIA, por RUDYARD KIPLING.—El maestro de la narración breve traza en estos cuentos unos interesantes relatos, cuya acción atrae por la vivacidad y colorido del ambiente.

2. EL PUENTE DE SAN LUIS REY, por THORNTON WILDER.—Por su extraño desarrollo novelesco, por la fiel reconstrucción histórica, esta obra consagró a su autor y es una de las mejores novelas contemporáneas.

3. EL CABALLERO DE OLMEDO, por LOPE DE VEGA.—Entre las creaciones dramáticas del Fénix de los Ingenios, ésta es una de las más bellas e imperecederas por su argumento y por la poesía que contiene.

4. LA PEQUEÑA CRONICA, de ANA M. BACH.—La vida íntima del gran músico, relatada ingenua y encantadoramente por la que fué su segunda esposa. Un hermoso documento humano lleno de interés.

5. LOS MEJORES SONETOS (Antología recopilada por R. CASTIELLA).—Este libro encierra el conjunto más completo y selecto a la vez de los grandes sonetistas en lengua castellana españolas e hispanoamericanos.

6-7. LA EVA FUTURA, por VILLIERS DE L'ISLE-ADAM (Volumen doble).—Novela que es una mezcla de fantasía, anticipación temporal y realidad, conteniendo una sutil crítica social y un apasionante misterio.

8. COLES Y REYES, por O. HENRY.—Este genial humorista norteamericano, poco conocido entre nosotros, presenta aquí un pintoresco, sabroso cuadro de costumbres, y un retrato tragicómico de un país americano.

9. CUENTOS DE LAS COLINAS, por RUDYARD KIPLING.—Este volumen, juntamente con el N.º 1 de la colección, constituye la totalidad de la obra titulada "Plain tales from the hills", una de las mejores de su autor.

10. OBRAS, de GARCILASO DE LA VEGA.—Las poesías completas del gran lírico español, según la autorizada edición de Azara. Las églogas, las canciones, los inolvidables sonetos, las elegías y epístolas

11. POR UN PIOJO y PILATILLO, por el P. LUIS COLOMA.—Un tomo que contiene dos de las novelas cortas más famosas del ilustre novelista español que tan profundamente conoció el mundo y las almas.

12. EL DUELO, por JOSEPH CONRAD.—Además de un apasionante relato novelesco, este libro es una verdadera obra maestra de arte literario. La unidad, la emoción, el desenlace, los personajes, todo extraordinario.

13. LAS HIJAS DEL CORONEL, por KATHERINE MANSFIELD.—Pocas escritoras tan sutiles, tan delicadas y a la vez tan profundas en sus análisis psicológicos. Leer a Katherine Mansfield es un deleite inolvidable.

14. LAS MOCEDADES DEL CID, por GUILLEN DE CASTRO.—Edición crítica de la obra que inspiró a Corneille para *Le Cid*, y que es una de las más altas creaciones del gran arte dramático español.

15-16. HISTORIETAS NACIONALES, por PEDRO ANTONIO DE ALARCON (Volumen doble).—Narraciones de los días en que España luchaba por su independencia contra Napoleón. Bellas historias, contadas con la emocionante sencillez que caracteriza al famoso autor granadino.

17. CARTAS DE MI MOLINO, por ALPHONSE DAUDET.—Deliciosos cuentos creados en la soledad campesina de un viejo molino provenzal. La seductora maestría descriptiva de Daudet se desliza en estas páginas, toda ternura, ironía melancólica.

18. SENILIA, por IVAN TURGUENIEV.—Poéticos ensayos, referencias, divagaciones filosóficas, que forman uno de los libros más significativos del pensamiento ruso de fines de siglo, escrito con una originalidad subyugante.

19. BENITO CERENO, por HERMAN MELVILLE.—Un olvidado novelista norteamericano que resurge ahora en el interés del público lector. Esta es una de sus novelas más extrañas.

20. **LA MADRE Y EL NIÑO**, por CHARLES-LOUIS PHILIPPE.—Ensayo con algo de novelesco, poético y filosófico, de uno de los escritores franceses contemporáneos que, muriendo prematuramente, como Alain Fournier y Radiguet, dejaron una breve obra inolvidable.
- 21-22. **EL DISCIPULO**, por PAUL BOURGET (Volumen doble).—Reedición completa de la famosa novela que determinó un cambio de posición en las ideas del notable escritor francés, y cuyo argumento y análisis psicológico recobran hoy una interesante actualidad.
23. **LA PRIMAVERA DE LA VIDA**, por NICOLAS GARIN.—Pocos autores han trazado un estudio de la infancia, tan vivaz, tan hondo sentido y conmovedor, como Garin, que aquí nos presenta la niñez de Tioma, el muchacho ruso lleno de ternura ingenuidad y dolor.
24. **LOS PICAROS SENTIMENTALES**, por O. HENRY.—Una verdadera y originalísima “novela picaresca” norteamericana. Tipos inolvidables, por su curiosa personalidad, por sus inauditas aventuras y por las ocurrencias que les rodean.
25. **PRIMAVERA MORTAL**, por ZILAHY LAJOS.—Un melancólico aroma romántico se combina en las páginas de esta novela con un profundo estudio del sentimiento y un delicioso paisaje, envolviendo una moderna trama de obscura tragedia.
26. **LA FIESTA EN EL JARDIN**, por KATHERINE MANSFIELD.—Los sucesos más cotidianos adquieren, tocados por la magia indefinible de esta escritora, un matiz seductor, lleno de gracia, de dolor, de anhelo y de misterio.
27. **POETAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS**, selección de R. E. SCARPA.—La primera de una serie de antologías breves, selectas y ordenadas, que mostrarán el desarrollo de la lírica más reciente en los países de habla española y, después, en otras literaturas.
28. **VIAJE AL BRASIL**, por M. BIARD.—Pintoresco, curiosísimo relato de unas aventuras sucedidas a un viajero y artista francés en el Brasil de mediados del pasado siglo. Con ilustraciones del autor.
- 29-30. **HAMLET y MACBETH**, por WILLIAM SHAKESPEARE (Volumen doble).—Las dos famosas tragedias, en un tomo, precedidas de un estudio sobre el autor y sobre cada una de ellas por José Bergua, traductor de esta edición.

31. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, por OSCAR WILDE.—Terror y sutil humorismo impregnan, a un tiempo, las páginas de esta historia, en la que brilla el ingenio artísticamente despiadado de Wilde. En el mismo volumen. "El Crimen de Lord Arturo Savile" y varios cuentos.

32. LOS COLEGIALES, por NICOLAS GARIN.—La acción novelesca que comenzó en "La Primavera de la Vida" continúa en este libro. Tioma, que allí era un niño, es ahora un adolescente que inicia su vida de colegio. y Garin cuenta sus venturas y desventuras escolares.

33. PAGINAS ESCOGIDAS, de JOSE MARIA DE PEREDA.—Los tipos que dan entraña a las novelas del escritor montañés. las escenas más vivaces e imperecederas. los paisajes de mayor fuerza y relieve, los trozos más bellos de toda su obra.

34-35. LOS PERROS HAMBRIENTOS, por CIRO ALEGRIA (Volumen doble).—Ante un sobrecogedor paisaje americano, entre la violencia despiadada de una tierra dolorida, fluyen las escenas de esta novela considerada como una de las más recias de las letras hispanoamericanas.

36. ISABEL EMPERATRIZ DE AUSTRIA, por MAURICE PALEOLOGUE.—El notable diplomático que fué Paléologue, observador del mundo político y palaciego, unió a estas dotes un análisis profundo de los sentimientos femeninos. Esta es una de las figuras que retrató con mayor afición y maestría.

Próximamente obras de Dostoyevski, Maupassant, León Bloy, Donoso Cortés Zilahy Lajos, Katherine Mansfield y otros grandes autores antiguos y modernos.

Dirección literaria de José Maria Souviron.

La "BIBLIOTECA ZIG-ZAG" consta de seis series:

SERIE ROJA
NOVELAS

SERIE VERDE
TEATRO

SERIE CELESTE
POESIAS

SERIE MORADA
PAGINAS
ESCOGIDAS

SERIE OCRE
VIAJES

SERIE PARDA
BIOGRAFIAS Y
ENSAYOS

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. CHILENA